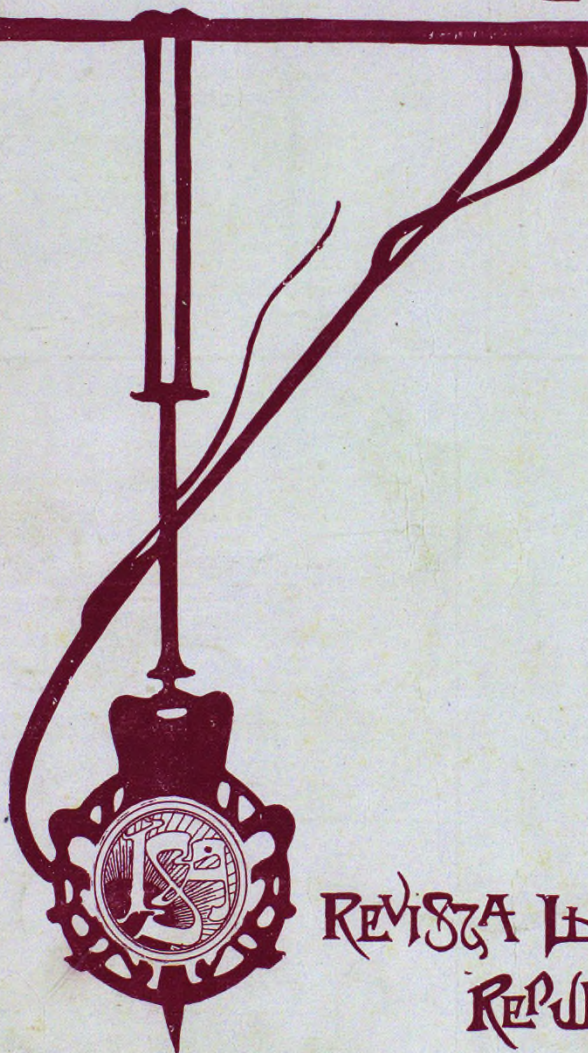


Dep de Apone

12/



LA ILUSTRACION SUD-AMERICANA



REVISTA ILUSTRADA DE LAS
REPÚBLICAS
SUD-AMERICANAS

HIGIENE del TOCADOR



EN LAS FARMACIAS

Desconfíese de las imitaciones
a que sus éxitos han dado origen.

Para conservar una sólida dentadura y mantener sana la boca, afirmar las encías y fortificar el cabello; así como para las abluciones higiénicas de las señoras, para el aseo de los niños de pecho, etc., está recomendado el uso del

Coaltar Saponiné Le Beuf

el cual posee las propiedades antisépticas y deterativas **INDISPENSABLES** que deben reunir los productos destinados a usos semejantes; a estas cualidades debe el coaltar su admisión en los Hospitales de París.

ASMATICOS

El MEJOR TRATAMIENTO del ASMA es el

LICOR DE LA ESTRELLA

(LIQUEUR DE L'ÉTOILE)

de MARIO LECHAUX
49, Rue de Maubeuge, París.
Al cabo de cinco días se puede acostarse y dormir toda la noche.
SE VENDE en todas las BUENAS FARMACIAS



Tome a cada comida una ó dos cucharaditas de **CARBÓN FRAUDIN**.

Es la verdadera cura calmante del estómago, el mejor remedio contra la pesadez de estómago, jaquecas, acedias, eructos, somnolencia después de las comidas y todos los padecimientos del estómago y del intestino que tienen como causa las fermentaciones anormales.

E. FRAUDIN
PARIS-Boulogne.

GARGANTA

VOZ y BOCA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente a los santos PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.
Exigir en el rotulo a firma de Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS.

CATARROS
antiguos y recientes
TOSSES, BRONQUITIS
CURADOS radicalmente
POR LA

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE

que procura
PULMONES ROBUSTOS
y preserva de la
TUBERCULOSIS

L. PAUTAUBERGE
COURBEVOIE-PARIS



AVISO Á LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS JORET-HONOLLE

CURA
LOS DOLORS, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ie} G. SEGUN - PARIS

165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS



V RIGAUD

16 RUE
DE LA PAIX
PARIS

De Venta en todas las Perfumerias.



ESTREÑIMIENTO

SUPPOSITOIRES CHAUMEL

INFALIBLES

Efecto producido en media hora.

Exijase la Marca Triangular en la cubierta de papel

ESTABLECIMIENTOS FUMOUE, 78, Faubourg Saint-Denis - PARIS

Siete MEDALLAS de ORO

Quina-Laroche

ELIXIR VINOSO

que contiene todos los principios de las tres Quinas.

El **QUINA-LAROCHE** es de un sabor agradable y muy superior a todos los demás Vinos y Jarabes de Quina.

Se emplea en los casos de :

Males de Estómago,
Falta de Fuerzas,
Convalecencias, Calenturas, etc.

QUINA-LAROCHE FERRUGINOSO

Contra la Anemia, Clorosis,
Consecuencias del Parto, etc.

QUINA-LAROCHE FOSFATADO

Contra el Linfatismo,
la Escrófula,
los Infartos de los Ganglios, etc.



DE VENTA EN LAS DROGUERIAS Y FARMACIAS

PARIS, 20, Rue des Fossés-Saint-Jacques.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^r FRANCK
PURGATIVOS, DEPURATIVOS, ANTISEPTICOS

contra el **ESTREÑIMIENTO** y sus consecuencias
EN TODAS LAS FARMACIAS.

Pour toute la publicité française s'adresser exclusivement

A. MR. A. LORETTE

Directeur de la Société Mutuelle de Publicité

14 RUE ROUGEMONT, Á PARIS



HIERRO QUEVENNE Cura: ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD
de PARIS. — El mas activo y economico, el unico Hierro INALTERABLE en los paises calidos.
Exigir el Verdadero con el Sello de la "UNION DES FABRICANTS". — 14, R. des Beaux-Arts, Paris.

LA ILUSTRACIÓN SUD AMERICANA



REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA DE LAS REPÚBLICAS SUD-AMERICANAS

AÑO XXV.—NÚM. 571

BUENOS AIRES, 30 DE JUNIO DE 1917

Editada por la Imprenta ARGOS



ARTE FOTOGRAFICO.—SEÑORITA DE UNZUE

LA ILUSTRACION SUD-AMERICANA

DIRECCION Y ADMINISTRACION:
Buenos Aires: Cochabamba 319 :

REVISTA ILUSTRADA DE LAS
REPÚBLICAS SUD AMERICANAS

Teléfono: Unión Telefónica 1889, Buen Orden
Casilla - Correo N.º 602
Dirección Telefónica: "ILUSTRACION"

AGENCIAS PRINCIPALES

BRASIL: Río Janeiro y San Pablo.—URUGUAY: Montevideo.—PARAGUAY: Asunción.—CHILE: Santiago y Valparaíso.—PERÚ: Lima.—BOLIVIA: La Paz y VENEZUELA: Caracas.—ECUADOR: Quito y Guayaquil.—COLOMBIA: Bogotá.

La correspondencia envíese a nombre del Director

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Por un año (correspondiente a 34 números) Buenos Aires, \$ 12.—Interior, \$ 20.—Exterior, \$ oro 10.
Por un semestre (correspondiente a 12 números) Buenos Aires, \$ 6.—Interior, \$ 10.—Exterior, \$ 5.
Por un trimestre (correspondiente a 6 números) Buenos Aires, \$ 3.—Interior, \$ 5.—Exterior, \$ 2.50.

Suscripción especial para «Profesionales», \$ 5 por mes.

Número suelto 1 \$ — Número atrasado \$ 2 y 4

AÑO XXV BUENOS AIRES, 30 JUNIO DE 1917 N.º 571

CRÓNICA SUDAMERICANA

LA SOLIDARIDAD CONTINENTAL

La visita de una escuadra norteamericana a los puertos de la América del Sur, está dando lugar a manifestaciones que tendrán honda trascendencia para la política internacional futura del continente.

En el Brasil, como no podía menos que esperarse, luego del decreto del gobierno fluminense revocando su neutralidad en la guerra entre los Estados Unidos y Alemania, los marinos de la Unión han sido cordialmente agasajados, habiéndose organizado en su honor distintos festejos oficiales en los cuales ha exteriorizado, aquel país, sus sentimientos. En la Argentina, un comité compuesto por personas altamente representativas y al cual rodea el auspicio popular, prepara, también, una elocuente recepción a los marinos norteamericanos y lo mismo se está efectuando en Chile, algunos de cuyos puertos han de ser visitados por la escuadra yanqui.

Empero, la demostración más elocuente que recibirán los marinos, por su trascendencia, es la que acaba de resolver el Uruguay, que ha hallado ocasión, en la visita de las naves norteamericanas, para formular todo un programa de solidaridad continental, que tendrá, sin duda alguna, honda repercusión en todos los países del continente.

Por un decreto reciente, el gobierno uruguayo ha hecho esa solemne declaración en los siguientes términos:

«Considerando que en diversas comunicaciones el gobierno del Uruguay ha proclamado el principio de solidaridad americana como regulador de su política internacional, entendiéndolo que el agravio inferido a los derechos de un país del continente debiera ser considerado como tal para todos y provocar en ellos una reacción uniforme y común. Que en la esperanza de ver realizarse un acuerdo a ese respecto entre las naciones de América que haga posible la aplicación práctica y eficiente de dichos ideales, ha adoptado el gobierno una actitud de expectativa en cuanto a su acción, aunque significando en cada caso su simpatía a los países continentales que se han visto obligados a abandonar la neutralidad. Considerando que entre tanto no se produzca ese acuerdo el Ur-

uguay, sin contrariar sus sentimientos y convicciones, no podría tratar como a beligerantes a los países que por la defensa de sus derechos se hallasen comprometidos en una guerra continental. Considerando que este criterio es compartido por el honorable senado, el presidente de la república, en acuerdo general de ministros resuelve:

1º. Declarar que ningún país americano que en defensa de sus derechos se hallare en estado de guerra con naciones de otro continente será tratado como beligerante.

2º. Disponer que no se cumplan las disposiciones que se opongan a la presente resolución».

Al comunicar esta resolución a los gobiernos de los otros países americanos, la cancillería uruguaya ha agregado algunas consideraciones aclaratorias que le dan el más amplio alcance y que señalan una orientación, dentro de su política exterior respecto a las relaciones interamericanas, valiente, decidida y trascendental.

«Cabe observar — dice aquella cancillería — que el Uruguay no tiene actualmente ninguna reclamación por hundimiento de buques; por lo tanto, su conducta se inspira solamente en el noble principio de solidaridad americana. Las disposiciones a que se refiere el artículo segundo son sobre neutralidad que estaban en vigor por los decretos de 10 de abril, dictados a raíz de la declaración de guerra de Cuba y de los Estados Unidos. El artículo primero contiene una disposición de carácter general que será aplicable a cualquier país americano que en el porvenir, en defensa de sus derechos, entre en guerra con naciones de otros continentes».

Contemporáneamente con estas manifestaciones, que demuestran la consistencia que están tomando los sentimientos de solidaridad en los pueblos de América, otros actos, no menos elocuentes, contribuyen también a acrecentar los lazos afectuosos entre los países del continente. Tal es, por ejemplo, el viaje de la delegación de médicos y estudiantes, que han ido al Brasil a estrechar vínculos intelectuales y cuya presencia en el vecino país dará motivo, sin duda alguna, para que se exterioricen simpatías que en las circunstancias actuales han de ser propicias para un mayor acercamiento político. Tal será, también, la idea, que actualmente es simple proyecto, de enviar, en fecha próxima, delegaciones al Brasil y Chile, formadas por hombres representativos, con el objeto de estimular el intercambio espiritual que preconizaran cuando nos visitaron, Ruy Barbosa, Paulo Barreto, Macedo Soares y otras personalidades del Brasil y de otros pueblos americanos. Estas embajadas espirituales tendrán la virtud de estimular el ánimo de los pueblos del continente para que se concreten sentimientos que están en el ánimo de todas las democracias americanas, como los que aspiran a una federación espiritual entre los pueblos del continente, con el objetivo de crear una gran fuerza moral en esta parte del mundo que dé, a estas repúblicas, un contrapeso eficaz o una defensa para las presiones exteriores, que la guerra nos ha mostrado como pueden llegar a ser poderosas y temibles.

La delegación que se proyecta para el Brasil iría en el mes de septiembre a Río Janeiro, en ocasión de celebrarse allí el aniversario de la fiesta nacional brasileña, el «Grito de Ipiranga» y en tal caso sería tanto más prestigiosa y significativa para los sentimientos que se agitan por cuanto importaría también un delicado homenaje a la nación vecina, de esos que no pueden menos que impresionar gratamente el corazón y el espíritu de un pueblo.

LA NEUTRALIDAD AMENAZADA

El hundimiento de otro barco de bandera argentina, el «Toro», ocurrido en aguas de

Gibraltar, ha venido a traer nuevas complicaciones para la buena amistad de la Argentina y de Alemania, ya resentida, de hecho, a raíz del hundimiento del velero «Oriana».

Aún cuando el gobierno nacional no ha manifestado cual será su actitud en la emergencia no cabe dudar que tendrá que resolverla por una conducta parecida a la que ha adoptado el Brasil en análogas circunstancias, si ha de ser consecuente con las doctrinas sentadas al elevar su reclamación al gobierno de Berlín, por el hundimiento del «Monte Protegido».

A pesar de sus sentimientos pacíficos, la Argentina, como todos los pueblos neutrales, a quienes las circunstancias especiales en que se desarrolla esta guerra, en el campo marítimo, somete a todos los peligros de la beligerancia y a ninguno de los beneficios que debieran esperarse de la neutralidad, tendrá que abandonar ésta, para dar a su protesta carácter formal.

La perspectiva, por cierto, no es agradable, y en el mejor de los casos resultaría un incidente diplomático enojoso para un país como el nuestro, que anhela vivir en perfecta concordia internacional, pero los sucesos no dejan otra alternativa, ya que no se puede tolerar, sin desmedro para la dignidad nacional, que se impida al país, con los medios más violentos, el desarrollo de actividades comerciales, que constituyen su riqueza, dentro de las normas de respeto internacional y de las consideraciones humanas.

EL CONGRESO DE NEUTRALES

Nuevamente ha comenzado a hablarse del congreso de neutrales que debía celebrarse en Buenos Aires, a instancias del gobierno argentino, para tomar determinaciones respecto a la actitud a adoptarse, por las naciones neutrales del continente americano, respecto a los conflictos que origina la guerra europea. Y como ya lo dijéramos en comentarios anteriores, esas conversaciones periodísticas, sobre dicho congreso, han servido para evidenciar que es una idea que no se llevará a cabo, no solo porque serían completamente inficaces las conclusiones a que se podrían arribar en él sino que también porque, circunstancias de último momento ponen, a las naciones del continente, en situación que ya no se sabe si la neutralidad—palabra que va perdiendo su significado—podía seguirse manteniendo.

Como lo insinuábamos en nuestro número anterior, la idea que va ganando terreno, en la conciencia de los pueblos americanos, es la de celebrar un congreso cuando se haga la paz en Europa.

GENERAL MANUEL PANDO

Acaba de fallecer en La Paz, en forma trágicamente dolorosa, el general José Manuel Pando, expresidente de Bolivia y uno de sus hombres más prestigiosos.

Personalidad vigorosa, realizada, además que por prestigios militares, por las dotes de una clara inteligencia, de una amplia ilustración y de cualidades no comunes de estadista, el general Pando ha sido, por muchos años, el director de la política boliviana, tocándole actuar en una época de reconstrucción nacional que hizo doblemente valiosa su colaboración.

El general Pando, que desempeñó también diversas comisiones diplomáticas, se había vinculado con afectuosas amistades en la Argentina, donde residió algún tiempo. Fué, en este sentido, un factor valioso de acercamiento con el vecino país, en cuya obra, por ser un partidario decidido de la solidaridad latino americana, puso, el expresidente boliviano, el empeño de un verdadero amigo y el ardor de un creyente convencido del porvenir de fraternidad que espera al continente.



PÁGINAS ARTÍSTICAS. — LA PLEGARIA

PANAMERICANISMO

Su pasado y su porvenir

(Conclusión)

Desde mediados de 1888 convoca el secretario de Estado a una conferencia de plenipotenciarios que debía reunirse en Washington el 2 de octubre del año siguiente para traer a naciones divididas la áurea solución del arbitraje, el progreso económico, la paz definitiva y nuevas voces de fraternidad. «Un convenio sobre un plan definitivo de arbitraje para todas las cuestiones, disputas y diferencias que existen o puedan suscitarse entre los diferentes estados americanos, a fin de que todas las dificultades y cuestiones entre tales estados puedan terminarse pacíficamente y evitarse guerras, y la recomendación a los gobiernos respectivos para que lo adopten.» Sometimiento general, sin reservas, salvo las ofensas al honor nacional, de todas las disputas a la tutelar voluntad de un pacificador.

A este brillante programa se agregaban, en el plan de los políticos norteamericanos, cuestiones concretas, como la adopción de un sistema uniforme de pesos y medidas, la protección a los privilegios de invención, a la propiedad literaria y a las marcas de fábrica, un sistema uniforme de moneda de plata, ferrocarriles de acercamiento, acuerdo respecto a las disposiciones que habían de observarse en la importación y exportación de mercancías y, finalmente, como base de la necesaria base económica, el *zollverein*, «medidas encaminadas a la formación de una unión aduanera americana que fomenta, en cuanto sea posible y provechoso, el comercio recíproco entre las naciones americanas».

Del pacto de los estados germanos surgió la confederación, admirable creación bismarkiana. Destruyendo los obstáculos que se oponían al libre comercio interior, progresaron las finanzas de los reinos vinculados: la unidad política fué inmediato corolario del *zollverein*.

Al formar las naciones americanas un cerrado sistema comercial ¿no crecería el capital del continente y se pondría para la futura unidad bases invariables? El secretario de Estado, Mr. Blaine, definió la novedad de este conglomerado de pueblos libres frente a la Europa despótica y guerrera. «Aniquilemos en nuestro hemisferio, decía con latino fervor, el horrible monstruo de la guerra y de la discordia e inscribamos en nuestros códigos estas sagradas palabras: «Fraternidad, Paz, Justicia.» Para alejar cuentas luchas, ofrecía la panacea de los doctores en derecho de gentes, la solución arbitral, lógica, fácil, armoniosa. Así se evitaría el peligro de inhumanas contiendas: «dejemos a la Europa y al mundo bárbaro, si lo desean, que prosigan contemplando tales escenas de salvajismo que escandalizan a la humanidad; pero no permitamos más que ellas se continúen en nuestra América.» Condenaba el eminente político los tratados secretos, la desigualdad entre pueblos afines, la «tendencia hacia la conquista». Lo sobrecojía ya, en la visión de su mente agorera, el cuadro de la inmensa América con mil millones de habitantes, de su «futuro poder» y «su futura grandeza»; la majestad remota de esta cuarta parte del globo, infinitamente rica y productora en el silencio de otros continentes agotados.

Asistieron a la asamblea los representantes de las repúblicas centroamericanas, de Haití, de México y de las naciones del continente meridional, bajo la afectuosa hegemonía de la nación sajona. Cuestiones de primordial interés, como el arbitraje y la unión aduanera, provocaron largos comentarios. Se excluyó de las relaciones americanas a iniciativa de la delegación argentina, «el principio de conquista», «las cesiones de territorios» bajo la presión de la fuerza y se fijó el sentido y los límites del arbitraje obligatorio. «Sería, en el porvenir, forzoso el recurso a este medio pacífico de poner término a arduas contiendas» en todas las cuestiones «sobre privilegios diplomáticos, límites, territorios, indemnizaciones, derecho de navegación y validez, inteligencia y cumplimiento de tratados» (artículo 2º del tratado); en todas las demás cuestiones, «cualquiera que sean su causa, naturaleza u objeto» (artículo 3º), salvo en aquellas que, «a juicio exclusivo de alguna de las naciones interesadas en la contienda, comprometan su propia independencia» (artículo 4º). En este caso, sólo tendría carácter obligatorio el arbitraje para una de ambas naciones en desavenencia. En los conflictos que comprometen el honor nacional, establecieron otros pactos limitaciones al acuerdo pacífico: restricción excesiva, porque cualquiera de las partes contratantes puede juzgar que un desacuerdo amenaza el prestigio colectivo, inquieto y refinado sentimiento. Los ministros de la conferencia americana sólo aceptan, como excepción a la amistosa intervención del árbitro, querellas en que la independencia nacional puede ser violada.

Estas democracias generosas reconocen, en solemne conferencia, la excelencia de «los altos principios que, en apoyo de los estados débiles, en honor de los fuertes y en beneficio de todos, vienen autorizados por la tradición, sostenidos por la razón pública y aclamados por la humanidad entera». Crean «en los grandes beneficios morales y materiales que la paz ofrece a la humanidad», que de su unión eficaz surgirá «la paz del continente». Naciones «regidas por los principios, deberes y responsabilidades del gobierno democrático y ligadas por comunes, vastos y crecientes intereses» ambicionan sustraerse a la paz armada europea, a los odios de un mundo fatigado por la discordia, a la guerra, «el medio más cruel, el más incierto, el más ineficaz y el más peligroso para decidir las diferencias internacionales». Pero, al establecer procedimientos arbitrales, se les despoja «de carácter compulsorio», aun reducido a la acción moral de las naciones adherentes al pacto americano. Se desconocía así el poder difuso de la unión contra la transgresión de generales disposiciones pacíficas, la eficacia de un tribunal sin ejércitos que desterrara del concierto de las repúblicas al pueblo insumiso.

Un ferrocarril, destinado a unir los estados americanos, una poderosa asociación aduanera, eran, en el proyecto inicial de Estados Unidos, aspectos necesarios del definitivo acuerdo. El ferrocarril panamericano «contribuirá poderosamente, escribía la comisión encargada de estudiar su importancia, al desenvolvimiento de las relaciones morales e intereses materiales de dichas naciones» aprovechará en cuanto sea

posible las líneas existentes, ligará «las ciudades principales que se encuentran a inmediaciones de su trayecto» y «será declarado neutral a perpetuidad». En la política de unión con la América meridional, no han olvidado los Estados Unidos este agente de civilización e infiltración, vasta red nerviosa por donde lleguen a los extremos del continente perezoso los impulsos de una tensa voluntad y de una actividad operosa. El alejamiento, el desconocimiento de las necesidades y de las capacidades de contiguas repúblicas es el gran mal de pueblos perdidos en un mundo desierto: A las divergencias que la tierra estimula se oponen el riel asociador y el frecuente intercambio.

Preocupó a los estadistas del Sur la fundación del *zollverein*. En la América, cerrada a la acción europea, imperarían los neosajones y se asociarían, definitivamente, el hombre industrial del Norte y el agrícola de las tierras meridionales. Antes de llegar a la absoluta reciprocidad, graduales etapas podían acercar sistemas financieros desemejantes, porque el Estado iberoamericano depende, en su vida y en su progreso, del comercio exterior, de la renta de sus aduanas; y la invasión fabril de la América sajona, en condiciones privilegiadas, disminuiría su riqueza. Además, explicaba la comisión que examinó las ventajas del acuerdo, «un tratado de reciprocidad mutuamente ventajoso entre dos naciones contiguas podía ser gravoso si se hacía extensivo a todas, dándole el carácter de continental, principalmente si se tiene en cuenta que las producciones de muchos de los estados americanos son similares». Se recomendaba al entusiasmo de repúblicas afines, en vez de la inmediata solidaridad financiera que estableciera un generoso convenio, la eficacia de «tratados de reciprocidad parcial entre naciones americanas», la equidad de mutuas concesiones, la reducción de ciertos derechos sobre productos naturales y manufacturados: en suma, graduales ensayos de cooperación económica, que prepararían la fuerte unión aduanera.

A este platónico voto opuso la elocuencia de consideraciones precisas el delegado argentino señor Sáenz Peña. De su vasto discurso se derivaba una política contraria a todo exclusivo americanismo, a toda razón geográfica o étnica que excluyera de la Nueva América al europeo que la fecunda. El continente no pertenece, en nombre de antiguos derechos, a los americanos, ni menos aún, en virtud de recientes usurpaciones, a los norteamericanos; es de la humanidad, dominio abierto al tumulto de todas las razas, a los contrarios vientos del espíritu, a hostiles teogonías, espléndida tierra libre sin dominadores. «Será la América para la Humanidad» y que se perpetúe la libertad de los cambios con las grandes potencias productoras, «atendiendo, exclamaba el embajador poeta, el duelo noble del trabajo libre en que se ha dicho con razón que Dios mide el terreno, iguala las armas y reparte la luz». La vinculación de las aduanas supone la interdependencia de las naciones asociadas, fáciles comunicaciones, intereses evidentes, y precisamente en el continente de alma uniforme se desarrollan en deplorable aislamiento las zonas geográficas. «Nos conocemos poco, declaraba el Dr. Sáenz Peña;

las repúblicas del Norte han vivido incomunicadas con el Sur del continente, y las naciones de la América Central, absorbidas, como las nuestras, en la labor orgánica de sus instituciones, no han cultivado vínculos más íntimos y estrechos. «¿Cómo juntar a pueblos entre los cuales el cambio es la excepción, la incomunicación, la regla», en virtud de amistosos principios que el comercio desdeña? Inútilmente declararían pactos sentimentales, que el afecto de pueblos vecinos se convierte en inmediato *zollverein*: corrientes que no dominan la humana voluntad de acercamiento dirigirán los cambios de la América agrícola a la fabril, en doble movimiento de acción y reacción, estableciendo Europa definitiva correspondencia de actividades complementarias.

Entre Estados Unidos y los pueblos del Sur español, el comercio de 1890 no podía fundar la ambiciosa unión proyectada. El ministro platense fijó en dura síntesis las relaciones entre la potencia manufacturera y las democracias sin industrias propias: «Las naciones de la América latina representadas en la conferencia consumen por valor de pesos 560.000.000, para los Estados Unidos no alimentan esas importaciones sino en pesos 52.000.000—no alcanza a un 10 por 100 de lo que compramos a la Europa:— la relación que guardan estas cifras con el comercio de los Estados Unidos revela la indigencia de los cambios con mayor claridad: sobre sus exportaciones, que alcanzan a \$740.000.000, la América latina les compra sólo \$52.000.000, es decir, un 7 por 100 de lo que exportan». Hallamos, contra la tentativa de fusión, la mediocridad de los cambios actuales y la dificultad de nuevas transacciones; en el Sur, mercados análogos que nada pueden trocar, pueblos sin fábricas que reciben de Europa oro para el fisco insolvente, hombres para la tierra vacía y productos manufacturados que consume una civilización inmadura. El congreso siguió las inspiraciones argentinas y proclamó la excelencia de simples pactos de reciprocidad.

Si no creó la primera conferencia la unidad americana, en el fervor de una rápida asamblea, sirvió, no obstante, de antecedente a los posteriores congresos; fijó las líneas generales de un útil panamericanismo, alejado tanto de la estéril discordia como de la utópica hermandad; reveló en la nación directora nobles intenciones políticas; en las menores repúblicas, que la secundaron, el valor de un lúcido patriotismo. Lentamente descendió de la indecisa región de las ideas puras esta preocupación de solidaridad americana, para convertirse en activa razón de periódicas reuniones. En México, en Río de Janeiro y en Buenos Aires, se congregó nuevamente la América, con simpática tenacidad, a estudiar las mismas cuestiones que agitaron al congreso de Washington. Faltó a las antiguas reuniones de la América puramente española esta feliz continuidad: libres de inútil retórica, los Estados Unidos conducen las discusiones de graves asambleas en estrechas direcciones de utilidad.

En octubre de 1901, veinte años después de la iniciativa de Mr. Blaine, llegaron a México los ministros americanos. Allí se discutió otra vez el arbitraje, y la pasión de repúblicas divididas exasperó los debates. Al negarse a aceptar esta teoría, defendió Chile el *statu quo* creado por la conquista, un derecho de gentes fundado en la violencia. Otros pueblos querían el arbitraje general y obligatorio; él prefirió el arbitraje facultativo. Conservando, a pesar de artículos precisos del pacto de Ancón, dos provincias peruanas, Tacna y Arica, en su poder, desechaba para el problema pendiente la mediación de otras potencias. Ganó la generosa doctrina ataca la por Chile a muchos estados, y

el 27 de enero de 1902 firmaron los representantes de la Argentina, Bolivia, México, Guatemala, San Salvador, el Perú, el Paraguay y el Uruguay, un tratado en que aceptaban la necesaria intervención del árbitro en sus futuras querellas, salvo en los conflictos que comprometieran, según el parecer de uno de los pueblos discordantes, el honor o la independencia.

Se volvió en México a estudiar antiguas cuestiones de importancia continental, como el ferrocarril panamericano y el congo aduanero; se recomendó medidas destinadas a facilitar el intercambio comercial y a revelar, por medio de minuciosas estadísticas, las riquezas de cada estado. Continuaba el esfuerzo unificador de 1890: aproximación económica, protección dentro de la liga de naciones a las creaciones de la industria y del pensamiento, patentes de fábrica y obras artísticas. En la conferencia de Río de Janeiro (1906), en la de Buenos Aires (1910), se mantuvo, en sus aspectos generales, el mismo empeño de unión, a despecho de acusaciones contra el monroísmo y su espíritu conquistador. Sin renunciar a su primera ambición, lentamente, en medio de la discreta oposición o de peligrosa negligencia, realizan los Estados Unidos la magna obra de formar en pueblos diversos la conciencia de un interés común.

Dos obras, la codificación del derecho internacional y la oficina de las repúblicas, adquieren, en sucesivos debates, precisas formas. En México se acordó dar al derecho internacional, público y privado, unidad americana. Una comisión de juriconsultos de Europa y del Nuevo Mundo fijaría sus artículos. En Río de Janeiro se resolvió que representantes de las repúblicas, reunidos en la capital brasileña dentro de cuatro años, obtenido el concurso de todos los estados, procederían al estudio de las relaciones jurídicas del mundo americano. Original tentativa, que revelará la autonomía de estas naciones y la riqueza de sus problemas peculiares. Inspirándose en antecedentes europeos, adaptándolos a la tradición americana, a sus esenciales doctrinas de arbitraje y de paz, presentarán a la vieja civilización occidental, incapaz de durable armonía, un *corpus juris* imponente, expresión de la unidad moral de veinte repúblicas. Ya en 1889, el congreso de Montevideo había reconocido, en interesantes convenciones, la existencia de un derecho internacional privado para las naciones de ultramar. En el nuevo código, que no tendrá el rigor de un sistema ni la inflexibilidad de definiciones absolutas, figurarán los grandes principios robustecidos por una práctica centenaria, inspirados en su política de humanidad que ha dominado siempre en los movimientos colectivos de la América española. La oficina washingtoniana de las naciones ibéricas, transformada en unión panamericana o agrupación internacional de las repúblicas, para no irritar el nacionalismo de pueblos menores, es centro de erudita información comercial, fortifica flojos lazos, provoca la reunión de conferencias, armoniza intereses, dirige hacia El Dorado de la antigua aventura a modernos capitanes de la industria. La preside el secretario de estado norteamericano y a ella pertenecen los ministros que envían a la capital federal los pueblos iberoamericanos.

Mr. Root, en quien saludara el presidente imperialista Mr. Roosevelt al más grande director de las relaciones internacionales que hayan tenido los Estados Unidos, asistió a la conferencia de Río de Janeiro para exaltar la importancia de estas periódicas citas de la raza americana. Su presencia fué tan comentada como lo sería la de un canciller británico en los libres dominios del Canadá o de Australia. In-

tervino Mr. Root en las discusiones de una brillante doctrina sudamericana, que desconocía a las potencias acreedoras de Europa el derecho de cobranza agresiva, a la ocupación de repúblicas arruinadas. Recorriendo América en brillante odisea, definió en las capitales problemas políticos y dió graciosas lecciones de derecho público. Las universidades aclamaban a este profesor, que llegaba en nave guerrera a predicar el dulce evangelio de la fraternidad. Perentoriamente enseñó el doctor de las gentes americanas que la gran república sólo aspiraba al «dominio de sí misma» y desdeñaba los territorios que la discordia meridional ofrecía a su codicia. En Kansas City, de regreso de su triunfal excursión, elogió el progreso de democracias que habían abandonado el militarismo y la política personal para fundar un orden definitivo y crear un oportuno régimen industrial. Expuso en su discurso (20 de noviembre de 1906) el plan de acercamiento de las dos Américas: fundación de bancos que extendieran los negocios de Wall Street, subvenciones a compañías de navegación, estudio de las necesidades comerciales de los pueblos neoespañoles, enseñanza en las escuelas yanquis del español y del portugués, afectuosa atención al desarrollo de naciones semejantes en ideal y cultura.

Primera manifestación de vínculos económicos y resultado práctico de elocuentes debates fué la reforma del arancel aduanero en el Brasil. Obtuvieron los Estados Unidos excelentes consumidores del café de aquella nación, la reducción del 20 por 100 de los derechos de importación que pagaban determinados productos industriales, como máquinas de escribir, artículos en cauchú, etc.

Se volvía, así, en 1916, si no a un pleno *zollverein*, según el plan de 1890, siquiera a la estrecha dependencia entre exportadores y clientes, progresivo intercambio que desterraba a Europa de los mercados americanos. Mientras disertaban brillantes oradores del trópico, los pacientes estadistas neosajones meditaban en franquicias para la importación, oportunos préstamos bancarios y campos de penetración económica.

FCO. GARCÍA CALDERÓN.

La delegación médica argentina al Brasil

Ha partido para el Brasil, con el objeto de visitar las facultades de medicina e institutos científicos de Río Janeiro y San Pablo, una delegación de médicos y de estudiantes de medicina argentinos. La delegación va presidida por los prestigiosos facultativos David Speroni y Araoz Alfaro, quienes darán una serie de conferencias en la Facultad de Ciencias médicas de Río Janeiro.

Además del propósito de procurar el acercamiento intelectual del Brasil y de la Argentina, la delegación va al vecino país para tributar un homenaje a la memoria del Dr. Osvaldo Cruz, uno de los más eminentes hombres de ciencia que ha tenido el Brasil y a quien debe la ciencia médica brasileña, muchas de sus más importantes conquistas. Al efecto será colocada, en el Instituto Osvaldo Cruz, de Río Janeiro, una placa de bronce conmemorativa, que exteriorizará los sentimientos y los afectos que representa el envío de la delegación médica argentina al Brasil.

La visita de los médicos y estudiantes argentinos, en estos momentos en que se agitan tan importantes problemas internacionales, significa, además de un espíritu de solidaridad intelectual, una demostración de verdadera confraternidad hacia el vecino país.



CRONICAS DE LA GUERRA



LA TIERRA MUERTA

Hace algún tiempo, no sé dónde, leí una carta escrita por un soldado francés y dirigida no recuerdo a quién, a alguien que vivía en París. Pero su contenido sí lo recuerdo; lo recuerdo tan bien que podría repetirlo palabra por palabra, como si hubiese hecho por aprenderlo de memoria. Y eso que no hice más que leerla una vez deprisa, como trata uno siempre de enterarse de las cosas que le angustian.

Bien es verdad que luego he pensado mucho en ella, que me ha hecho meditar y sentir mucho. Por eso, tal vez, porque tan honda la grabé en mí, así la recuerdo. Hubiera dudado de la autenticidad de aquella carta, o hubiérala sabido o supuesto escrita por un literato, quizás la hubiese olvidado a poco de haberla leído.

Escribía aquel soldado: «Yo era labrador y vivía en un pueblito a las orillas del Soma. Había heredado de mis padres una casa y en unas cuantas hectáreas toda la tierra que la rodeaba era mía. Vivía feliz con mi mujer y mis dos hijos, cuidando por mi mismo de mi modesta hacienda. Poseía unas vacas, dos caballos, un corral lleno de gallinas, de pavos y de gansos. Y hasta un centenar de palomas. La tierra era buena, dócil, rica y recompensaba largamente el trabajo que yo me tomaba con ella; era yo dueño, además, de un molino, al que traían sus granos las demás gentes del pueblo. Nunca pasó por mi imaginación el que pudiese llegar un día en que tuviese que abandonar mi casa, mi molino y mis campos; yo no hubiera podido concebir mi vida lejos de ellos. Yo era muy feliz; tenía una mujer buena y trabajadora, mis hijos crecían robustos y sanos, mi hacienda mejoraba de día en día.

«Pero llegó la guerra. Nos sorprendió, tuvimos que huir todos, sin tiempo para nada, abandonándolo todo; el enemigo ocupó nuestra región, nuestro pueblo. Quedamos en la miseria; mi mujer y mis hijos fueron recogidos por caridad en casa de unos parientes que tenemos en el Sur de Francia; yo incorporéme a mi antiguo regimiento y fuíme a cumplir con mi deber. Yo no estaba triste; si no hubiera podido ser soldado tal vez hubiese estado triste. Pero yo no pensaba nada más que en una cosa, en la que pensamos desde hace más de dos años todos los franceses: en echar, cuanto antes a los alemanes de nuestra casa. Y como yo era soldado y estaba en las trincheras, yo pensaba que también yo sería de los que arrojasen a los alemanes de Francia. Esta idea me daba ánimos y me hacía avenirme con mi desgracia. Cuando concluyese la guerra, volvería con mi mujer y mis hijos al pueblo y recomenzaríamos nuestra vida de antes. No tardaría en llegar ese día, pensaba yo cada día.

«Pero ha pasado mucho tiempo; mi mujer se ha muerto mientras tanto, sin que yo volviese a verla. Luego he visto a mis hijos, todavía me quedan mis hijos. Hace más de un año mi regimiento fué mandado a esta región del Soma. Durante un año me he sabido a pocos kilómetros de mi pueblo. ¡Qué ansiedad! ¡Cuántas veces, exponiéndome a que me matasen de un balazo, he sacado mi cuerpo fuera de la trinchera para ver si desde allí podía descubrir mi pueblo! ¡Y cuántas otras, yendo de patrulla por

la noche, me han dado ganas de adelantarme más, de meterme por entre las trincheras enemigas, y llegar a mi pueblo, que yo sabía á menos de tres kilómetros detrás de ellas! ¡Qué año ha sido ese para mí! Por fin llegó el día de nuestra ofensiva. ¡Qué alegría me trajo ese día! Iba a poder entrar en mi pueblo, a ver mi casa y mis campos, a sentirme otra vez dueño de todo lo mío. He peleado como un bravo, así me lo han dicho mis jefes, me han dado la cruz de la guerra, me han citado en la orden del día de mi regimiento. Yo no sé lo que he hecho; yo sólo sé que allí, delante de mí, se hallaba mi pueblo, que quería ver mi casa y mis campos, que quería recuperar lo mío y lo de mis hijos, donde fui feliz y donde pensaba que volvería a serlo.

«Y ya hemos reconquistado mi pueblo... Más me hubiera valido que no lo hubiésemos reconquistado nunca. Perdóneme, discúlpeme si digo estas cosas. ¡Pero si usted supiera! ¡Mi pueblo! Me ha costado mucho trabajo dar con él, dar con el sitio donde estuvo, porque mi pueblo ya no está allí, ha desaparecido, como si se lo hubiesen llevado consigo los alemanes. No queda nada de él, ni ruinas siquiera, ni el menor vestigio, nada, nada, nada... Esto es horrible. Donde estuvo el pueblo, donde yo creo que estuvo, porque hay momentos en que dudo todavía, hay ahora unas trincheras vacías. No queda nada de mi pueblo, nada; no he podido dar con el sitio de mi casa, ni con el de mi molino; no queda nada de nada... Esto es horrible. ¡Y yo que no vivía nada más que para volver a mi pueblo, que para recuperar lo mío! No sé cómo no he enloquecido, pero poco ha faltado.

«Luego, cuando me calmé algo, después de haber llorado a gritos como un chiquillo, pensé: bueno, he perdido el molino y la casa, pero me quedan aún mis campos. Me queda la tierra, la tierra buena, dócil y rica, que tan largamente sabía recompensar mi trabajo. Volveré a ella, a mi tierra, y ella me dará para levantar una nueva casa y otro molino; me ayudarán mis hijos y el día llegará en que habré rehecho mi vida. Pero... mi querido señor, luego he visto que ni aun la tierra me queda; la tierra ha muerto; mi tierra se ha muerto. Muerta, bien muerta está, como mis padres, como mi mujer, muerta. Ahora sí que lo he perdido todo, todo... Mis campos no son nada más que trincheras, unas zanjias muy hondas de cemento armado y de piedras, reventadas, asomando por todas partes alambres y hierros. Y donde no hay zanjias, la tierra ha sido maltratada, ha caído tanta metralla sobre ella, está tan removida y llena de pedazos de hierro, que será imposible hacerla producir en muchos años; tal vez nunca, por lo menos nunca más en mi vida. La tierra muere también. Y la mía ha muerto, mi tierra está muerta, bien muerta, como mi mujer. La han matado, la hemos matado todos, yo también... ¡Y yo que no quería sino salvarla!...

Con la retirada tudesca entre Arras y Soissons, los franceses han podido reconquistar varios centenares de pueblos. ¿De pueblos? Muchos de esos pueblos han sido destruidos lentamente por la artillería francesa e inglesa en el transcurso de la guerra y sobre todo en el verano último, cuando la horrosa ofensiva.

Los demás los acaban de destruir ahora los alemanes al retirarse. Las descripciones que envían desde el frente los corresponsales de la prensa alemana son bien detalladas. Las necesidades militares han obligado al alto mando alemán a tomar la dura medida. El alto mando alemán ha dudado mucho, ha vacilado mucho, ha tenido que vencerse a sí mismo; los soldados, ¿cómo dudarlo? al ejecutar la orden lo han hecho como si consumasen un penosísimo sacrificio, tal vez pensando en los suyos, en sus casas, en sus campos. Pero no había más remedio, la seguridad del propio país lo exigía. También los rusos, al abandonar la Prusia Oriental primero y luego en su retirada del verano de 1915, destruyeronlo todo, devastaronlo todo, y eso que era en el propio país. Por aquel entonces todos aplaudieron la entereza de los rusos; los ejércitos alemanes, en su persecución no encontraron nada aprovechable, ni que comer, ni que beber, ni aun siquiera donde cobijarse; ciudades, pueblos, aldeas, hasta chozas aisladas fueron entregadas con ese objeto a las llamas. A los ejércitos alemanes les estaba reservada, si se empeñaban en seguir avanzando, la misma suerte que a las legiones de Napoleón en 1812. Todo eso se dijo, no para disculpar, sino para aplaudir la entereza—¿cómo llamarla crueldad!—de los rusos. Luego, hace poco, bien reciente está, todavía humean las ruinas, hase hecho lo mismo en Rumania; ingleses han sido los que dispusieron la obra destructora. No ya únicamente puentes y líneas férreas fueron volados, manantiales de petróleo cegados, graneros y pajares entregados a las llamas, sino también pueblitos insignificantes, aldeas misérrimas, chozas de pastores.

Todo esto recuerdan ahora los alemanes para explicar y justificar lo que ellos acaban de hacer en la región del Soma. También a ellos les convenía que el enemigo, al avanzar, lo hiciese por un desierto, que ni siquiera agua les brindase. La destrucción, como se ha llevado a cabo con ciencia, método y tiempo, ha resultado una obra completa. Los libertadores, para dar con la mayor parte de esos pueblos reconquistados, para dar con el lugar donde fueron, tendrán, las cartas de la región en mano, que verifiquen toda suerte de cálculos: hasta la trigonometría les será preciso emplear para ello. La dinamita ha borrado todo vestigio de esos pueblos. No queda en pie ni un muro, tras del cual pudiera ampararse un solo enemigo; ni una sola bodega o subterráneo, donde poder guarecerse. Los bosques han sido talados, talados también los vetustos árboles que bordeaban los caminos y las carreteras. El piso de éstas, de trecho en trecho y en todos los cruces, cuando el último soldado alemán se hubo retirado, se le ha hecho saltar por medio de explosivos. Las fuentes han sido destruidas, los manantiales cegados. Los campos, en aquellos lugares que el fuego de la artillería contraria hubo respetado, para que esa misma artillería no pueda avanzar por ellos, al encontrarse caminos y carreteras obstruidos, han sido rajados, hendidos, abiertos, en todos sentidos, durante varias semanas, por unos arados a motor de rejas enormes, que llegaban muy hondo; por aquellos mismos arados que engañaban a los aviadores enemigos y con ellos al alto mando contrario. ¿Cómo pensar que los

alemanes estaban preparando una retirada si continuaban labrando abincadamente los campos! Y así con todo: un desierto han dejado tras de sí los alemanes.

¿Cuántos miles de soldados franceses habrán escrito una carta igual a la que hemos reproducido al principio! ¿Qué trágica ha de ser la alegría de esa reconquista para mucho corazón en Francia! No fué, ciertamente, así como se la pudo imaginar nadie. El día de la liberación, el día deseado con ansias vehementes durante más de dos años, el día glorioso y radiante, ¿qué día tan negro y tan cruel ha de ser para muchísimos habitantes de las regiones ocupadas, que no pudieron huir o que no quisieron huir a la llegada del invasor por no separarse de la casa y del terruño donde habían nacido y vivido, que ha soportado al enemigo durante dos años y medio, contando por siglos los días y por años las horas, sustentados tan sólo por la esperanza en un día que los liberase y los devolviese a su patria... ¿Ha podido ser con ellos más cruel el destino? ¿Os podéis imaginar vosotros algo tan trágico?

¿Si quedara la tierra!... de ella podría esperarse otra vez todo. Pero la tierra ha muerto, la tierra está muerta, muerta. La han desgarrado hasta las entrañas, aquellas entrañas fecundas suyas que ya no volverán más a dar nada. Cuando los poetas le canten himnos a la tierra liberada y digan que con la sangre que ha embebido de tantos héroes que por liberarla dieron la vida, será más fecunda que nunca, ¿a cuántos no les parecerán esos himnos de gloria cánticos funerales? Porque esos, los que vivieron con ella, los que la cuidaron, los que la amaron, esos saben que la tierra ha muerto, que la tierra está muerta...

¿La hemos matado, la estamos matando todos!...—ENRIQUE DOMÍNGUEZ RODÍO.

EN LA GLORIA Y EL HORROR DE DOUAMONT

Douamont para siempre inmortal, pobre fuerte desmantelado cuya toma fué con el de Vaux, el glorioso epílogo de la batalla de Verdún, es hoy todavía, bajo la lluvia incesante de proyectiles, uno de los rincones más horribles de la inmensa línea que se extiende desde Calais hasta las fronteras de Suiza.

Ya se ha descrito el horror del campo de batalla de Verdún. Se le ha comparado a la superficie volcánica, melancólica y revuelta de la Luna. Se ha dicho que es un desierto de lodo pegajoso y fétido, en el que la mirada no encuentra ni una flor, ni un arbusto, ni una ruina. Pero los que regresan con la imaginación llena de espanto, repiten que las metáforas más ingeniosas son impotentes para describir el aspecto de estos lugares.

En la revista parisiense «Lectures pour Tous», un médico militar, el valiente doctor Beliard, que pasó con los defensores del fuerte algunas de las jornadas más trágicas, describe una vez más, en páginas atrayentes, este infierno del cual escapó.

«Por encima de este inmenso campo de muerte — dice — ni siquiera se ve un pájaro. Los huéspedes tradicionales de los osarios, los mismos cuervos, renuncian a permanecer sobre estos lugares de espanto, llenos de fosas enormes y pantanos ocultos, pegados unos a otros, abarrotados de cadáveres. Sin embargo, cruzan sin cesar el aire vivo alas que silban y rechinan, aullidos modulados de un modo salvaje por toda una fauna diabólica.....

«..... Sin un guía seguro durante el día y dos por la noche, no se pueden recorrer los caminos cuyo aspecto cambia constantemente a causa de las explosiones. Extraviarse es

correr al sepultamiento y a la muerte. Se bordean hendiduras, se tropieza con los cadáveres hundidos hasta el vientre, agujereados por algún proyectil mientras su boca, que no se ha cerrado, pedía auxilio desesperadamente. Otros cadáveres más antiguos han sido enterrados y desenterrados tantas veces por las explosiones, que diríanse ropas vacías de muñecos, de los cuales se ha derramado el serrín. El lodo está lleno de muñecos de estos.....

«He aquí el aspecto del camino que conduce a Douamont y que una faja de terreno un poco más alta que las otras indica apenas en el horizonte.

«Y hay que correr bajo una bóveda de hierro, entre los derrumbamientos, cernidos por trombas de granadas que pasan y estallan alrededor o que van a caer directamente sobre los pobres hombres perdidos en esta tempestad. ¿Es posible imaginarse el heroísmo que se necesita para ir hasta el fin, y para, cuando se ha llegado, salir de nuevo?».

Se ha referido, y los propios héroes lo han relatado con mucho talento, la aventura de esos cuatro periodistas norteamericanos que quisieron visitar el glorioso Douamont.

Dos de entre ellos, aterrados por el estruendo de la artillería, se detuvieron algo antes de entrar en la zona de fuego. Los otros dos siguieron a su guía hasta el fin.

«Hasta el fin, — dice con este motivo el doctor Beliard; — esto quiere decir el desierto fangoso, los resbalones que lo tienen a uno junto a los cadáveres pútridos, la caída en los hoyos de los proyectiles, el sepultamiento hasta el vientre a cada paso, sin que el esfuerzo de varios hombres pueda arrancarlos. Y mientras os debatís habría que correr. Cada segundo es fatal, cada segundo lleva consigo su trueno.....»



PAISAJES SUDAMERICANOS. — UN RANCHO BOLIVIANO

EN LOS DOMINIOS DE ERATO

IDEAS SUELTAS SOBRE POESÍA Y LOS POETAS

(PARA LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA)

I

El soneto es la piedra de toque de los poetas. El versificador, el *dilettante* del estro, si emprenden su conquista, están perdidos, porque han de naufragar en sus aguas, irremisiblemente. El soneto es el Escila y el Caribdis; el Rubicón de la Poesía. Para vadear con felicidad su corriente, sin temer a las tempestades que se le desencadenan a su alrededor, el poeta temerario debe tener el alma templada de César o de Leandro. Y aun puede acontecerle que naufrague como le aconteció al infeliz amante de Hero.

II

El ripio es la cizaña que el mal poeta, jardinero negligente, deja crecer entre las flores de la poesía.

III

La inspiración no es un mito, como la existencia de las Musas. Las Musas no existen, la inspiración, sí. Mientras las nueve Piérides son un gracioso simbolismo, la inspiración es una realidad.

La inspiración es la espontaneidad del Pensamiento en actividad. Es el delirio lúcido del alma. Es el soñar, estando despierto.

La inspiración es la fiebre del espíritu. Tiene su ardor y hace delirar; entonces el alma es la brasa y el calenturiento es el artista.

La inspiración es la embriaguez solitaria que nos concede el Pensamiento cuando éste nos da a beber de su copa el mágico vino espiritual donde el Hada de la Contemplación ha exprimido el amoroso jugo de sus pámpanos mejores.

IV

Ser poeta como ser rico tiene sus inconvenientes. Justo es que no todas sean rosas en la vida.

En efecto: al rico, los amigos que no lo son, le piden dinero, y al poeta le solicitan versos.

Para satisfacer a los pedigueros el primero debe echar mano a sus caudales y el poeta a su inspiración. El rico a su bolsillo y el poeta a su cerebro.

El álbum de poesías es el presente griego para el poeta.

Conceptuamos la peor desgracia que nos puede acontecer que unos labios de coral nos pidan versos, pero ¿cómo negarse a escribirlos? ¿Cómo no decir que sí y como decir que no?...
V

Siempre hemos considerado erróneo en alto grado, el pensamiento de Blas Pascal, que al referirse a la pintura dice: «¿Qué vanidad la de la pintura que excita la admiración por el parecido de las cosas cuyos originales no nos admirán!»

En efecto: en la pintura admiramos no sólo el arte de la Naturaleza sino la naturaleza del arte, y el arte del pintor, sobre todo a éste, al artista, al intérprete y al creador que ha sabido trasladar al lienzo las bellezas de la Naturaleza; como en la escultura admiramos el cincel que trabajó y dió formas artísticas al mármol, aparte de la admiración que nos despierte la belleza del mármol en sí; asimismo, en la arquitectura, nos admira la sabia disposición de los ladrillos y ornatos y no nos acordamos de la tierra de donde salieron, sino de la industria de los que lo fabricaron, tomando de la Naturaleza la materia prima y luego de

los que hacen uso artístico de materiales.

En una pieza musical admiramos la eufónica disposición de los sonidos y echamos en olvido a la Naturaleza que nos concedió el órgano sensorial y el pabellón auditivo para recogerlos.

En la poesía admiramos al poeta, a su genio que suscita la emoción, y echamos de menos las palabras en sí, para atender sólo a la emoción artística que éstas producen tal como el poeta las combina y sabe extraer de ellas el oro de la belleza, en la alquimia del arte.

Si el espectáculo de la Naturaleza es grande y sublime, no es menos digno de admiración el genio creador que la interpreta y la reproduce.

VI

J. Novicow dice que «la Naturaleza no da las facultades artísticas según los sexos y que por lo tanto hay sobre la tierra tantas mujeres como hombres de genio». Esto es ingenuo y absurdo y está contra la experiencia de los hechos y la verdad de la Historia.

Lo que es indudable es que la Naturaleza no ha previsto las artes, pero que las artes las inventó el hombre y NO LA MUJER y que en el cultivo de éstas se distingue el sexo fuerte y no el débil, es también indudable.

Que no se nos venga, pues, con el infantil argumento de que a la mujer no se le concede plena libertad de acción para cultivar las artes. Sólo que esta libertad no le sirve de nada. Les pasa lo mismo que a una paloma, que contando con toda la amplitud del espacio para volar, no alcanzan más que un vuelo limitado.

No existe arte en el cual las mujeres se dediquen con más ahínco que en el arte de la Pintura. ¿Y qué resulta? Que mientras los padres se arruinan en proporcionarles material para que se dediquen a su cultivo, ellas no hacen más que arruinar al arte, después de ir arruinando a los autores de sus días que se empeñan en que se dediquen a él.

VII

Mientras el poeta sentimental es Ariel, el poeta rebelde es el Zaratustra nietzschiano de la Poesía. Pero aburren tanto las jeremiadas de los primeros como los gritos de rebelión de los últimos.

El poeta rebelde es de ideales francamente futuristas.

Canta como F. Marinetti al automóvil que apenas conoce; al submarino que jamás ha visto, si se exceptúa por fotografía o en el cinematógrafo y hasta le dedica versos al aeroplano que nunca ha piloteado y a los aviadores muertos, cuya desaparición considera irreparable para los destinos de la patria: a éstos, en versos sonoros, como trompetazos bélicos, los llaman «los supremos maestros de la energía», de la cual ellos también se creen los apóstoles.

El estado psicofisiológico del poeta rebelde, es el de una perpetua tensión de virilidad y heroico «do» de pecho. No esgrime más que el látigo y el cilicio como el poeta lacrimoso empuña su ramo de azucenas parodiando a San Antonio. Porque la eterna prédica de esos alucinados, es la viril acción y el culto exclusivo de la marcialidad.

El poeta rebelde tiene sus poetas favoritos, como el poeta llorón tiene los suyos. El poeta rebelde ama a Walt Whitman, por ejemplo (el más formidable de los bardos, según ellos), son sus discípulos fervientes, tratan de imitarlo en lo posible y a veces, en un delirio de entusiasmo después de haberse ingerido algunos poemas de ese bardo, no pudiendo contenerse más se precipitan sobre la pluma y el tintero y se dedican en cuerpo y alma a la magna obra de ensalzar sus ensueños.

El poeta rebelde es feminista por excelencia. Para ellos, la mujer debe llevar pantalones, como asimismo la Poesía. La masculinidad es la única virtud que reconocen en los sexos y en las artes.

No hay nada más chocante que estos energúmenos que con tanto énfasis se llaman a sí mismos «ángeles rebeldes», y que se creen superhombres.

Las alas de su eterno delirio lo transportan en cuerpo y espíritu no sólo de cumbre en cumbre, que ya es poco, sino de astro en astro: sueñan volar por las regiones pétreas y etéreas y envidian cordialmente a las abejas que van de flor en flor: con idéntica donosura quisieran ellos cernirse de montaña en montaña, de planeta en planeta, calzando las botas del legendario Pulgarcito, llevando a las espaldas la escala que en sueños vió Jacob, teniendo las alas de los ángeles que subían y bajaban sus peldaños.

Y, naturalmente, siempre con la férrea lira bajo el fornido brazo.

Como es justo que el poeta sea un ser solitario, para poder aislarse del resto de la turbamulta canallesca, nada más lógico que tenga una torre *ad hoc*. Los poetas rebeldes también la tienen y la habitan, pero con la diferencia de que no es de marfil, *turris ebúrnea*, sino de acero y de bronce, y situada en lo alto de una escabrosa montaña, cerca del sol y lejos de la detestable llanura. Desde lo alto de esta torre, a prueba de bombas, no deshoja pétalos de rosas ni de lirios, lejos de ellos semejante ocupación neurótica propia de damiselas; sus armas son las flechas o las granadas a mano, proyectiles que arrojan concienzudamente sobre la Humanidad que acierta a pasar por el valle. Su estilo son esas armas y su filosofía es esa torre.

Así son de terribles estos feroces poetas rebeldes, que si llegan a ser asesores literarios de un periódico pretenden que todos los colaboradores canten al mismo diapasón de su voz y de su recogimiento, como si constituyesen un disciplinado coro religioso, del cual él fuera el jefe de los tímidos sochantres.

Para nosotros, la verdadera poesía debe tener el alma de la verdadera mujer: es decir, debe ser delicada y exquisita: femenina, en una palabra.

Quisiéramos convencer a los tercos poetas rebeldes (que Dios confunda) que al decir que la poesía debe ser delicada no pretendemos que sea enfermiza, como la que nos aderezan la culinaria poética de los bardos lacrimosos, cuyo estro nos inspira tanta compasión como el de los poetas rebeldes.

No amamos, por cierto, ni la poesía llorona, ni la poesía batallona. La que se resuelve en eternos lagrimones y en suspiros sostenidos y ojos en blanco, como tampoco la que parece salir de un megáfono o de un clarín: ruda, bélica y agresiva.

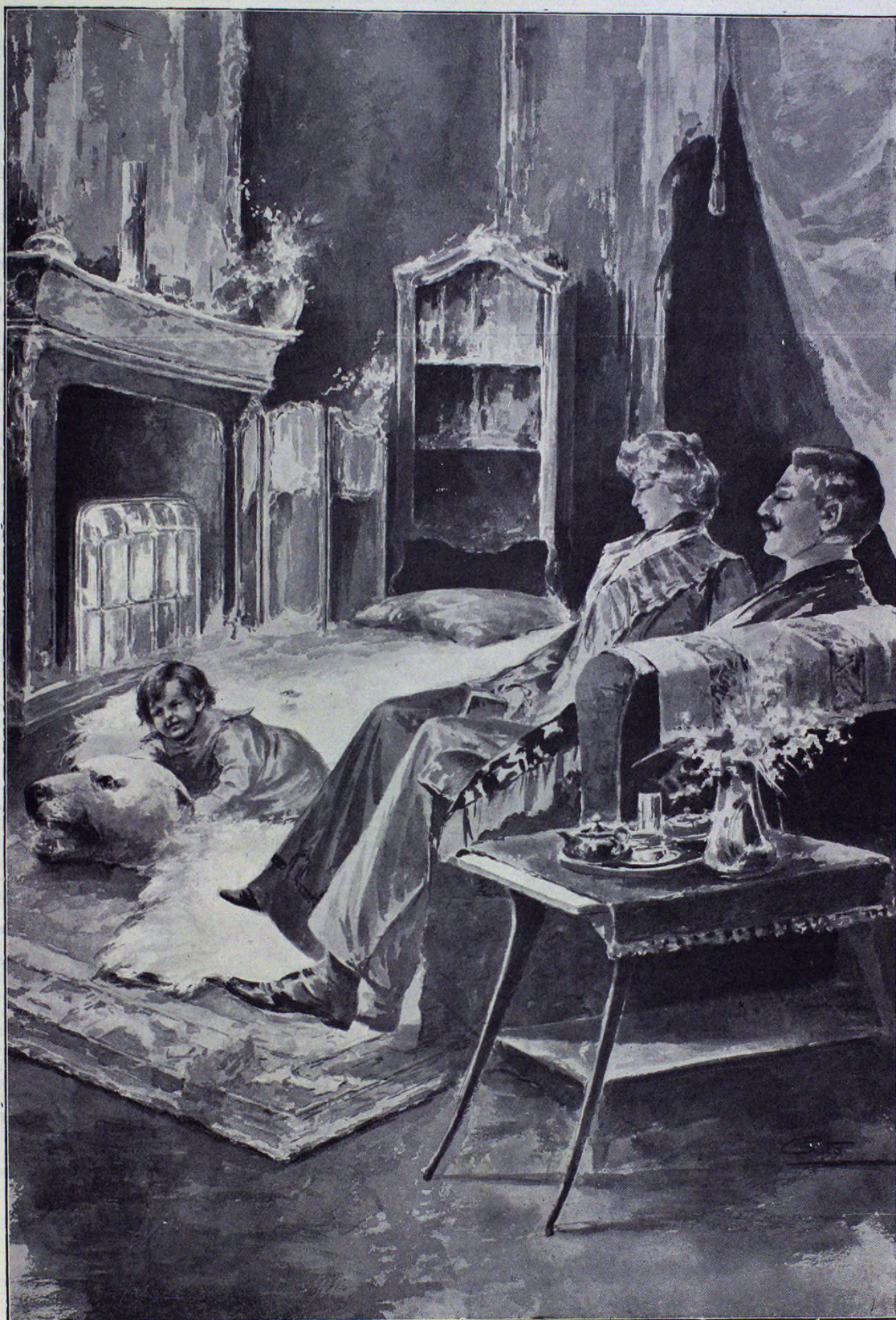
La poesía, a nuestro juicio, debe ser delicada, pero no débil ni hueca como la caña que el viento hace silbar, pero no cantar.

La poesía debe ser como el pétalo de una rosa: suave, transparente y aromada. Que a través de su textura se filtre la luz de la belleza, como a través de un cristal; que exhale su perfume, y que sea al par que cristalina, argentina por su armonía secreta y rítmica como el curso de los astros.

No la poesía con almidonadas faldas y ropa interior femenil, pero tampoco con armadura de paladines y esgrimiendo las armas contundentes de la panoplia de los héroes.

JAIME M. OLMBRADA.

Junio de 1917.



PÁGINAS ARTÍSTICAS, — INVIERNO. — COMPOSICIÓN DE CARLOS SOTO



ARTE TEATRAL



Colón.— El debut de Caruso y la presentación de la Barrientos han sido las notas salientes de la última quincena en el Colón. El celebrado tenor escogió, para debutar, «Elixir d'Amore», la vieja pero agradable ópera, en la cual Caruso halla motivo para desarrollar toda la potencia y la belleza de sus dotes vocales y conseguir verdaderas ovaciones.

La presentación del tenor ha sido recibida con cariñosos aplausos por el público de nuestro primer coliseo. Caruso, desde el primer momento, cautivó su atención, demostrando que los años no le restan las excelentas cualidades artísticas que le han hecho famoso en los más altos estrados de la escena lírica.

El éxito alcanzado en «Elixir d'Amore» los completó el tenor en la interpretación de «Manón», de Massenet, que se puso en escena el martes último. Caruso hizo un Des Grieux soberbio, que le mereció ser llamado numerosas veces, por los aplausos del público, a la escena. No sólo como cantante se distingue el celebrado tenor sino que también como actor consumado, con un dominio perfecto en las tablas. Este difícil arte, tan difícil para la mayoría de los tenores, que suelen limitarse a cantar prescindiendo de la acción, lo posee Caruso a maravilla y hace que se le vea como un artista completo. Un detalle da más prestigio a esta parte de su actuación. El tenor ha perdido, al someterse a un régimen severo, la obesidad de que adolecía el año pasado, lo que lo favorece, facilitándole estar en carácter para la mejor representación de los papeles.

La temporada de ópera se desarrolla dentro del más franco éxito con satisfacción para el público y prestigio para los artistas y para la empresa. Las representaciones de «L'étranger» del maestro D'Indy y de «Siberia», la obra del maestro Giordano que hacía mucho tiempo no oía nuestro público, han merecido discreta acogida en la sala del Colón.

La Barrientos, Gilda della Rizza, la señora Vallín Pardo, el tenor Lafuente, el barítono Crabbé, el bajo Journet, que se ha distinguido especialmente en la ópera «L'étranger» y en «Manón», se reparten los honores de la temporada, en cuyo éxito el maestro Marinuzzi es parte principal por el acierto de su dirección.

Odeón.— Ha debutado en este teatro, con lisonjero éxito, la compañía que dirige el reputado actor Emilio Thuillier, formada, como se sabe, por los principales elementos que actuaban en el teatro Lara de Madrid.

La compañía tiene un elenco de primer orden. La forman el señor Thuillier, la primera actriz señorita María Palou, Sra. Amalia Sánchez Ariño, Virginia Alverá, Hortensia Gela

bert, Carmen Herrero, Carmen Ponce de León, Margarita Díaz, Elisa Méndez, Carmen Ortega y los señores José Isbert, Luis Manrique, Salvador Mora, José Balaguer, Joaquín Pacheco, Luis Peña, José Mora, Emilio Ariño, Federico González y Francisco Fuentes.

Su presentación se efectuó poniendo en escena la última obra de Benavente, «El mal que nos hacen», obra que fué recibida por el público con el caluroso aplauso con que se reciben todas las obras del famoso dramaturgo español, una de las primeras figuras teatrales contemporáneas, sin duda alguna.

«El mal que nos hacen», fina y honda comedia, es una hermosa producción, digna del autor del «Collar de estrellas», de «Los intereses creados» y de muchas otras obras admirables,

este teatro, un verdadero éxito, la obra de Iglesias Paz, «El complot del silencio», que se ha destacado por su factura y la belleza de sus situaciones, entre la producción teatral del año. «El caballo de Bastos», de Saldías, que se representó luego en este teatro, fué otra de las obras afortunadas, que aún sigue atrayendo público al San Martín. Sin duda alguna Saldías, autor también de «El distinguido ciudadano», pieza que ha alcanzado fama, se ha revelado como un autor de primera fila, de los pocos que han logrado ese título entre los muchos fracasados que cultivan el teatro nacional.

Ultimamente se ha dado en este teatro, «La rosa de Jericó», del señor Cione. Este dramaturgo, cuyas características son las de ser difuso y vago en sus producciones, ha hecho una pieza que adolece de esas particularidades que, sobre todo en el teatro, son negativas. Basada en un símbolo cuyo fundamento es irreal, la obra se desarrolla en tres pesados actos, que terminan en una aventura vulgar.

Actúa, en San Martín, la compañía Rosich-Ballerini, compuesta de elementos muy discretos, que trabajan con probidad y entusiasmo. Toma parte también, en los espectáculos, la simpática tonadillera Paquita Escribano, que ameniza los entre actos con aplaudidos complets.

Nuevo.— En el Teatro Nuevo se ha estrenado una obra que merece particular mención y que ha sido muy bien recibida por el público: «Con las alas rotas», de Berisso, autor que ya cuenta con otras producciones que lo han hecho conocer prestigiosamente, entre los autores nacionales.

La obra contiene bellezas, ideas y pensamientos expresados con acierto y valentía y desarrolla una acción, que si no es novedosa, está tratada desde un punto de vista que la hace interesante y eficaz. Tiene, además, la pieza de Berisso, una cualidad que no es común en las obras de nuestros teatros: emociona, porque el tópico que constituye su trama ha sido tratado con buena observación y con acierto.

Es obra que se sostendrá en el cartel por mucho tiempo.

La Joyita Argentina.— Después de una breve jira por la provincia de Córdoba, vuelve a actuar en los escenarios de nuestra metrópoli, la celebrada tonadillera minúscula Ada Falcón, más conocida con la simpática denominación «La Joyita Argentina».

Actualmente actúa en el Cine Teatro Argentina, de la empresa Frugoni Hnos., donde a diario cosecha cariñosas demostraciones de admiración de parte del público, que con tanta justicia la admira en las notables creaciones de sus bailes y coplas populares.



LA CELEBRADA TONADILLERA PAQUITA ESCRIBANO, QUE ACTÚA CON ÉXITO EN EL SAN MARTÍN

que tanto enaltecen el moderno teatro español.

La compañía puso en escena, con toda propiedad, la obra de Benavente, arrancando vivas muestras de aprobación por la interpretación ajustada y correcta que le dieron los actores.

El propósito de la compañía es hacer conocer, durante su actuación en este teatro, las últimas obras que se han estrenado en España y desarrollar, contemporáneamente, un programa escogido, entre las mejores producciones del arte teatral español clásico y contemporáneo.

San Martín.— En este teatro se han dado, últimamente, algunas obras de verdadero mérito. Señaló, hace poco tiempo, en el cartel de

LIBROS NUEVOS Y VIEJOS

RESEÑA Y CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA

LA PUERTA TAPIADA

DE HOFFMANN

El amigo Hoffmann tuvo más profesiones que nombres, y no vayáis a creer que de nombres estaba desnudo ni mucho menos, pues se llamó, o le llamaron, Ernesto, Teodoro y Guillermo. Pero es que Ernesto Teodoro Guillermo Hoffmann, en su vivir, que, por cierto, no fué largo—cuarenta y seis años, de 1776 a 1822—actuó de magistrado, de literato, de músico y de dibujante.

«Quien busca encuentra» dice no recuervo si el «Eclesiastés» o la «Vida de Bertoldo, Bertoldino y Cacasenio»; pero lo diga el Libro Santo o lo diga el sabio libro es más verdad que la luz. Y si quien busca encuentra; ¡hay que ver cuantas probabilidades de encontrar tiene quien busca en todas direcciones!...

Por eso Hoffmann, que buscó la fama condenando reos, escribiendo libros componiendo partituras y pintando cuadros, dió, al fin, con lo que buscaba. Hay obras famosas en la múltiple y variada producción hoffmanniana. «Oliviero Brusson», «Copelia», «El canto de Antonia», «Annunziata», «El misterio de la casa desierta» y todas las restantes narraciones que su autor tituló «Cuentos fantásticos» son famosas en la literatura universal. De ellas «La puerta tapiada» es, no sólo la más conocida, sino la que con mayor motivo debe conocerse.

«La puerta tapiada», en calidad de cuento fantástico, tiene cuanto se puede pedir. Su buen castillo en ruinas, que ha sido teatro de un crimen; su excelente castellana, joven y linda que languidece de espanto, y su estupendo fantasma que procede del referido crimen y que asusta a la castellana igualmente referida. Todo, hermanos; todo lo que asombra, todo lo que entenece, todo lo que acongoja. ¡Y todo muy divertido!...

El narrador, que para dar más interés a lo narrado se supone testigo presencial, comienza contando cómo en clase de escribiente de un viejo notario, tío suyo, fué al castillo de Resitten, que se alzaba junto a las solitarias orillas de un lago, entre bosques de abetos sombríos. El cielo allí siempre está envuelto en melancólicas brumas, y sólo se ve cruzado por aves de aspecto fúnebre. Era, en suma, el castillo tal, un sitio muy propio para no ir ni a pasar un día en verano.

El sobrino del notario viejo fué a Resitten en invierno y de noche. No hay que decir que llegó temblando de frío y de miedo. Ya dentro del castillo, ante un buen fuego y con un vaso de ponche en la mano se le quitó el frío; pero el miedo se le aumentó. Le habían alojado en una estancia frente a la cual el pasillo presentaba la señal de haberse tapiado una puerta. Y en las altas horas cuando nuestro hombre estaba medio dormido—¡agárrense que hay curva!—, sintió que alguien rascaba la puerta tapiada, oyendo luego pasos y esta frase con ritmo de sollozo: «No más lejos, que vas a caer en el abismo del mundo invisible».

La cosa era como para salir corriendo y no volver nunca más. Volvió muerto de espanto, pues en el transcurso del día había tenido ocasión de observar que todos los pobladores del castillo, desde la esposa del propietario al últi-

mo sirviente, tenían aspecto de vivir sumidos en angustiosos terrores. Y a la noche se repitió la escena.

Alguien rascaba en aquello que fué puerta, y pasaba luego a través del muro, y se alejaba, al fin, sollozando y diciendo tonterías. Verdaderamente horrible ¿eh?... El sobrino del notario perdió las fuerzas y la voz durante un ratito. Al cabo recuperó el movimiento y el habla y se marchó a avisar a su tío, que dormía en una habitación próxima. El tío acude y con toda confianza va y pregunta al misterioso e invisible ser causante de todo aquel jaleo:—«¡Daniel, Daniel! ¿Qué haces aquí a estas horas?...» Después le aconsejó:—«Pide gracia al pie del trono de Dios». Entonces se vió un fantasma que atravesaba la puerta tapiada y salía corriendo, camino del trono de Dios, seguramente.

Luego el notario dijo a su sobrino que al siguiente día se marcharían los dos del castillo de Resitten. El sobrino quería quedarse porque se había enamorado de la castellana y estaba dispuesto a luchar por ella contra el fantasma. Pero el tío se impuso y se lo llevó, a fin de librarle del fantasma, en término segundo. La castellana era casada y proteger a las casadas es absurdo. ¡Que las protejan sus esposos, que para eso han matrimoniado con ellas!

Ya fuera del castillo de Resitten, el notario contó a su sobrino todo lo que entre aquellos malditos muros había pasado, pasaba e iba a pasar. ¡Flojo era el negocio! La puerta tapiada antes de que la tapiasen, había abierto camino a una desgracia y a un crimen.

Cierto antiguo castellano de Resitten atravesaba aquella puerta para marchar hacia un laboratorio, donde de acuerdo con los espíritus del pecado buscaba la piedra filosofal. Y fué que una noche se hundió el suelo y cayó el castellano a un abismo, quedando enterrado entre los escombros de sus hornos y de sus vasares en revuelta confusión con retortas, filtros, alambiques y matraces.

El malogrado químico-espiritista dejó dos hijos. Al mayor le correspondía heredar toda la fortuna y al menor, aguantarse sin percibir ni un real. El primogénito, con arreglo a la correspondiente correspondencia, tomó todo el dinero; pero el segundogénito no se arregló con la correspondencia correspondiente y no quiso aguantarse. Entonces entró en escena el criado Daniel.

Este criado era un bandido, dicho sea sin ánimo de afrentar su memoria. Además quería al hijo segundo y no podía ni ver al hijo primero.

Y así Daniel concibió el plan de matar a éste para que la fortuna pasase a aquél.

Se puso de acuerdo el mal servidor con el mal hermano. «Cada oveja con su pareja», dice el refrán, y para aparejarse con un malo otro malo está indicadísimo. Daniel y el hijo segundo convinieron en matar al primer hijo. ¿Cómo?... Tenía que ser de modo que la muerte pareciera natural. Y para ello se fraguó un ingenioso ardid.

Fuese el criado en busca del nuevo amo y le colocó el camelo de que el amo antiguo tenía grandes cantidades de oro en su laboratorio. «Entre las ruinas del suelo hundido—dijo Daniel—deben estar todos los tesoros que con sus ciencias ocultas y visibles producía tu padre...» El heredero picó en el anzuelo de este aumento

de herencia. Fueron Daniel y su señor a asomarse por la puerta que daba al abismo y el señor cayó gracias a un empujón que le dió el criado. ¡Se hizo migas! Lo que se dice migas se hizo el pobre hijo sobre el cadáver de su no menos pobre padre...

El segundogénito cargó con la herencia pero no le aprovechó, pues murió a poso. También murió Daniel. Y este Daniel era el que iba todas las noches en clase de aparecido a arrojar por la puerta fatal.

Fué tapiada esa puerta; pero, ¡cómo si no! Que los muertos se filtran por la pared es cosa que no ignora casi nadie. Por esto el espíritu de Daniel rascaba la puerta tapiada, pasaba a través del muro y caía al abismo dando gritos. ¡Castigo de Dios!

Todo esto le contó a su sobrino el viejo notario. Y el sobrino del viejo notario lo cuenta en «La puerta tapiada».

El narrador dice también que la joven y linda castellana de Resitten se murió de los sustos que la daba el fantasma, y que el castillo, hubo de ser abandonado como morada maldita. Lo que no explica es por qué diablos vino a caer así el castigo celeste sobre una inocente mujer y sobre unos muros y unos techos tan inocentes como ella. Pero es que si los cuentos fantásticos tuviesen explicación verosímil no serían fantásticos y no serían ni siquiera cuentos.

«La puerta tapiada», como las demás narraciones de Ernesto Teodoro Guillermo Hoffmann, es un cuento fantástico y no tiene verosímil explicación. Pero, ¿qué importa?... ¡Tiene su medroso aparecido y eso basta para emocionar a las gentes sencillas que se asustan de los fantasmas! Claro que a mí no me emociona. Yo me río de los fantasmas y hasta de los fantasmones. Hay, sin embargo, desdichadas criaturas que temen a los fantasmas y a los otros. ¡Pobres gentes! Si ni los fantasmas ni los fantasmones han hecho nunca daño a nadie...

LUIS DE OTEYEA

Meditación

Mira la trepadora, silenciosa, enroscando, enroscándose en el tronco con fuerza extraña sostenida siempre; sus zarcillos se engarzan uno a uno en las grietas parduscas que se muestran dormidas e insensibles; sus hojas reverdecen y sus flores triunfan en la solemne gloria del sol... La trepadora vence los obstáculos sin apresuramientos... Es su esfuerzo lección de voluntad.

Mira, cómo enguinalda al árbol muerto que se deja abrazar regocijado. Las desnudeces cubre, y en los huecos que abrieron los insectos pone de verdes hojas regio pórica. Al mirar esta planta, piensa mi alma en una amada que a su amado muerto adora, embelleciendo cada día su sepulcro de flores y coronas.

Bendita trepadora: vendrá muy luego el ave entre tus hojas a desgarnar sus trinos y a tejer su tierno nido, y serás un refugio siempre alegre y nota de belleza en el campo pletórico de vida...

Bendita planta, surge así lozana como un buen pensamiento en alma noble.

Carta de París

París, cuyos árboles reverdecen bajo el cálido sol, ha visto pasar las primeras golondrinas el mismo día en que una manifestación grandiosa y entusiasta en honor de los Estados Unidos reunió al pueblo, en fiesta en las calles.

Delante de la estatua de La Fayette, luego ante la de Washington, aclamaciones frenéticas saludaron los discursos oficiales. Por último en el Ayuntamiento donde Mr. Sharp, embajador de los Estados Unidos, colocó al fin de la jornada, su firma en el gran libro de oro de los visitantes, tuvo lugar una manifestación inolvidable. La muchedumbre, con una emoción extraordinaria, testimonió con sus vítores los sentimientos que despierta en ella la generosa y leal actitud del pueblo americano.

Algunos días después los Estados Unidos dispensaban a la misión francesa el recibimiento que ya se sabe, devolviendo a París su saludo fraternal.

Fiestas aquí y fiestas allá, «día de América» y «día de Francia», nacidos de la gran fraternidad humana. He aquí bajo que auspicios se levantó el milésimo día de guerra.

París prestó cierta atención a las hazañas asombrosas de un «thank» nocturno, de ese automóvil furioso, loco, que se lanzó una noche a través de sus calles, tratando de aplastar contra las paredes a los agentes de policía que hacían sus rondas.

El conductor de ese automóvil, ebrio, era el subteniente Navarre, el aviador que se reveló en el combate como hombre de un valor, habilidad y energía incomparables. Fué un breve estupor...

Los autos han demostrado ya que el desventurado, herido gravemente en la cabeza en una caída, estaba sujeto a crisis terribles, a lamentables «ausencias».

Influyó también—según dicen—la gloria perturbadora, la popularidad que llegó demasiado pronto para un muchacho de veinte años, amigo del ruido. Pero en este país, donde florece tanto heroísmo magnífico y modesto, el caso del aviador Navarre, de pronto, ya no le interesa a nadie.

Al lado de este suceso, una lección sublime, un ejemplo vivo de belleza y de grandeza moral. Es un subteniente el que ha dado esta lección, un magnífico soldado alistado como voluntario a los treinta y siete años, condecorado con la Legión de Honor, la medalla militar y la cruz de guerra. Este hombre es el pintor Lemordant.

Antes de la guerra era el gran pintor de Breña, el gran pintor del erial, del mar y del viento, el colorista maravilloso del azul resplandeciente, del suelo cubierto de flores, de la vida en toda su riqueza y en toda su verdad, y de los hombres en el esfuerzo de su trabajo cotidiano. Hoy Lemordant, glorioso herido, está ciego. ¿Es posible imaginar mutilación más horrible?

Acaso se cure. La trayectoria de una bala que entró por la sien, ha determinado una atrofia del nervio óptico y la ciencia espera todavía.

París acaba de reunir las obras de Lemordant en una exposición a donde se dirigen como en peregrinación piadosa todos aquellos a quienes conmueve tanto genio y tanta desgracia.

M. Poincaré acudió el primero a inaugurar esta sentida exposición. La prensa ha hecho grandes elogios del pintor bretón, poniendo de manifiesto que esta exposición es algo mejor que una lección de belleza artística.

La prensa tiene razón. Oíd la historia de Lemordant tal como la cuenta en el periódico *L'Oeuvre* Victor Marguerite:

«...Hace falta que se sepa como se portó Lemordant, socialista y pacifista. Reservista Lemordant solicita pasar a la activa y sale el 2 de agosto de 1914 como sargento, con el 41º de infantería. Subteniente en Charleroi, con el hombro atravesado, se niega a abandonar su puesto. Herido de nuevo en el Marne, insiste y cae de nuevo herido en la columna vertebral ante el Craone. ¿Abandonar a sus hombres? ¡Jamás! Sale otra vez para el Norte, se bate en el Iser, y en una carga a la bayoneta recibe cinco balazos encima del cráneo, en la sien, en el brazo izquierdo, en la parte inferior del tronco, en la pierna derecha. Se incorpora, sus compañeros quieren llevarlo a la ambulancia. No, hay que guardar el terreno conquistado, ba-

tirse todavía. Apoyado en un soldado, sigue apasionadamente la lucha, da sus órdenes en pie. Esta vez la herida definitiva lo abate; una bala que entra por la sien derecha y sale por el ojo izquierdo. Después de cuarenta y ocho horas de cama, el subteniente Lemordant se despierta en pleno día—en plena noche.

Cuarenta y ocho horas aún de agonía en el sitio donde cayó y luego lo recogen los alemanes, que llevan de lazareto en lazareto a este moribundo que se obstina en vivir. Vegeta muchos meses en un hospital bávaro, se salva por milagro, cojo, sufriendo de todas partes. Al hospital sucede la fortaleza. Allí esta energía indómita agrupa a los prisioneros, trama una audaz evasión, que fracasa.... Por último, en un tren de heridos graves, a fines de 1916, salió de Alemania. Después de cinco meses de epopeya y dos años de cautiverio, Julián Lemordant fué devuelto a su patria».

La virtud antigua no produjo nunca nada de más puro que esta alma francesa....

Todavía otra exposición menos sublime, pero más parisienne: el salón de los humoristas.

Aquí tenemos a todos los maestros del lápiz a todos los ironistas que, desde que estalló la guerra, pusieron su talento al servicio de la patria, creando tantas obras para recreo y emoción de los ojos.

¿Qué han puesto en su tercera exposición de guerra los buenos humoristas franceses? Primero, tacto y el gusto exquisito que los caracteriza siempre. Luego, caricaturas del Kaiser y del Kronprinz y también las de sus ilustres aliados. Pero sobre todo «peludos» magníficos y trágicos, humildes y conmovedores, que dan a esta exposición un poco de la áspere figura de la terrible guerra. He aquí en cuanto a la realidad de la vanguardia. La otra realidad, la de la retaguardia, donde escasea el azúcar, las patatas, la carne y sobre todo el carbón, ha dado motivo a chistes excelentes. Toda la gracia parisienne se encuentra allí para tomar a broma con un bello heroísmo, el régimen de guerra impuesto a los «desventurados paisanos».

Pero — y esto es un signo de los tiempos — los humoristas no se han acordado de los ministros, las actrices y los poderosos del día. Ni siquiera una caricatura frívola sobre los temas que tanto favor gozaban en París antes de la guerra. Este eclipse dice mucho sobre el alma nueva de la gran ciudad.

¿Y las mujeres? Se encuentran allí, pues la guerra no ha matado afortunadamente el «eterno femenino» y las modas de actualidad se prestan siempre a la ironía.

«La parisien de 1917 vista por nuestros humoristas, dice nuestro gran compañero, el excelente cronista Mauricio de Waleffe, es una criatura extraña. No es una mujer, sino un par de medias. No se ven más que piernas, desde luego encantadoras. Ese desfile de pantorrillas acaba por darnos la sensación de una muchedumbre que pasa vista por la reja de un respiradero....»

¡Tranquila, coqueta y pensativa, la Francia femenina de la retaguardia! Formidable, dolorosa y tendida hacia la victoria, la Francia masculina de la vanguardia. He aquí como los humoristas de 1917 han visto a sus contemporáneos. Y han visto admirablemente bien. En eso, precisamente, está la fuerza de este admirable país, que no ha perdido jamás sus energías, aún en las más penosas crisis que ha pasado durante su larga y luminosa historia. La Francia de hoy se presenta, ante el mundo, sangrada, es cierto, pero lleno de optimismo su espíritu.

M.



PERFUMISTA
POR REAL ORDEN DE S. M.
EL REY GEORGE V.

89, Jermyn Street,

LONDRES,

INGLATERRA.

J. F. Floris

Perfumeria Inglesa.

Perfumes.
Aguas de Tocador.
Polvos de Tocador.
Jabones.

Perfumes para incensar.
Cristales para el Baño.

Enviará al que lo solicite
Catálogo de mis especiali-
dades de la más alta clase.

LA COARTADA

Al señor Gevaudan, abogado del Tribunal de Apelación de París.

Numea, 7 de febrero de 1897.

Conforme le prometí a usted en mi última, le remito la relación de los acontecimientos tal y como ocurrieron.

Ante todo, le diré a usted que me llamo Pedro Luis Broud, que tengo treinta y nueve años y que nací en Lyon.

A los diez y nueve años reñí con mi familia y empecé desde entonces a andar de aquí para allá, y cada vez en peores pasos, porque era perezoso, y cuando encontraba trabajo me despedían en seguida.

Al fin caí entre una banda de ladrones; pero me tocaba siempre tan pequeña parte en el reparto, que decidí separarme y obrar por mi cuenta.

Desde el 1º de julio de 1884 vivía yo en un llamado hotel de la calle de Bedex, al que no iban más que mujeres de mal vivir y descargadores del muelle.

El mes de marzo de 1885 fué caluroso y seco. Por las tardes me marchaba hacia los alrededores, para explorar el terreno. A veces me sentía demasiado cansado para regresar a París y dormía en el campo.

Entraba en los pueblos pidiendo limosna. Me echaban de casi todas partes; pero a fuerza de llamar a multitud de puertas, lograba contar con algunas monedas al cabo del día.

Una tarde, en Ecuil, cerca de Poissy, una señora anciana me recibió con mucha amabilidad. Era muy baja de estatura y muy gorda, y estaba casi calva. Hacía muchas obras de caridad, y, compadecida de mi situación, me aconsejó que me dirigiese de parte suya a una Sociedad de París que proporcionaba trabajo. Me recibió en la cocina, donde una criada tan gruesa y aun más baja que ella, estaba limpiando unas legumbres. Mientras la señora me estaba echando el discurso, yo no cesaba de mirar de reojo a todas partes. En la puerta de entrada no había cerrojo; la verja del jardín no era alta; las casas próximas estaban deshabitadas.

Con los cinco francos que me dió la señora compré una navaja de muelles.

Resolví operar sin perder momento. Eran las tres (estábamos a 21 de marzo) cuando salí de la casa. Tomé el tren en Poissy para París y llegué a mi hotel a eso de las siete de la tarde. Pedí a la patrona una palmatoria de manera bien ostensible, y le dije que me iba a dormir.

Permanecí en mi cuarto hasta las ocho y media. A esa hora bajé. Yo sabía que era el momento en que el mozo y la patrona acostumbraban cenar, y que ya no habría nadie en la portería.

Mi primera idea fué la de dirigirme a pie a Poissy, para evitar el testimonio de los empleados de la estación; pero después pensé que era suficiente la coartada que había preparado. Además, prefería correr ese riesgo que tener que andar las cuatro horas de camino necesarias para llegar.

Tomé el tren de las nueve y cuarenta en la estación de San Lázaro. A las diez y treinta y cinco bajé en Poissy.

Cuando llegué a la verja del hotelito de la vieja vi luz en una de las ventanas. A eso de la una se apagó la luz.

Esperé aún durante un rato. Era necesario que la señora se durmiese. En fin, salté la verja y atravesé el jardín.

Llegué a la puerta de entrada. Introduje en la cerradura la ganzúa que llevaba, abrí sin hacer ruido y penetré en el recibimiento, en el cual había una escalera de caracol que conducía al primer piso.

Me quité la chaqueta y el chaleco, para que la sangre me manchase solamente la camisa. Encendí un cabo de vela que llevaba en el bolsillo, sujetándolo entre dos dedos de la mano izquierda, mientras que en la derecha llevaba abierta la navaja de muelles.

Al llegar a lo alto de la escalera oí hablar a alguien.

Era la señora, la cual preguntó:

—¿Es usted, Juana?

Yo contesté en voz baja:

—Sí.

Creí que tranquilizada con la contestación se volvería a dormir; pero, sin duda le pareció extraño que su criada bajase a aquellas horas. Yo apagué la luz y permanecí quieto, contentiéndome la respiración. De pronto se iluminó el descansillo de la escalera. Se abrió la puerta que había frente a mí y salió la vieja con una bujía en la mano. Di un paso hacia adelante y descargué el golpe casi al azar.

La señora cayó al suelo atravesada en el umbral de la puerta, y dando un grito casi imperceptible.

La vela que llevaba en la mano se apagó al caer al suelo. Empecé a buscar la mía cuando oí crujir una puerta en el piso superior. La escalera se iluminó débilmente por arriba. Un cuerpo pesado bajaba por los peldaños. Pegado a la pared, vi acercarse a la criada. Al verme retrocedió un momento. Seguramente me había reconocido. Aún me parece estar viendo su cuerpo rechoncho y su cara bondadosa. Dejó en el suelo la lámpara que llevaba y puesta de rodillas juntó las manos suplicante. Le hundi la navaja en la espalda.

Cogí la lámpara y penetré en el cuarto de la señora, pasando por encima de su cuerpo.

Abrí un pequeño secreter y en uno de sus cajones vi dos billetes de cien francos y ciento diez francos en monedas de oro. Vi también algunas joyas sin valor; un collar de coral una sortija muy usada... Aquellos objetos podían comprometerme; cogí el primero y dejé lo demás.

En aquel instante la vieja dió un gemido. ¿Dónde había yo dejado la navaja? Al girar la vista en torno mío, vi sobre una almohadilla un puñal de hoja estrecha y larga cuyo mango de metal estaba incrustado de piedras preciosas. Cogí aquel puñal y lo hundi en el cuello de la vieja. Después limpié la hoja en la alfombra y me guardé el arma, que me pareció de mucho valor, entre la camisa y el pecho.

Bajé con precaución la escalera, me puse el chaleco y la chaqueta, apagué la lámpara y salí de la casa después de dejar la puerta bien cerrada.

Todo estaba desierto y me dirigí hacia la estación. Eran las tres menos veinte de la ma-

RESERVADO
PARA LA
COMPAÑIA ITALO-ARGENTINA
DE ELECTRICIDAD

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
CORRIENTES 651 BUENOS AIRES
AMBOS TELÉFONOS

drugada. Lei en un cartel el horario de los trenes. El primero que pasaba para París era el de las cinco y veinte. Decidí ir a esperarlo a la estación inmediata situada a cuatro kilómetros de allí. Así me haría menos sospechoso.

Antes de ponerme en marcha me examiné detenidamente. Me quité la chaqueta y el chaleco y vi que tenía la camisa ensangrentada. También tenía una mancha oscura en el pantalón; pero apenas se distinguía.

Nada, según mi opinión, podía hacerme sospechoso. La patrona del hotel me había visto subir a mi habitación aquella noche para acostarme. Volvería allí a las nueve y nadie me vería. A tal hora la patrona habría salido a la compra, los cargadores se habrían marchado al anochecer y las mujeres estarían aún durmiendo.

Al meter las manos en los bolsillos toqué el mango del puñal que había cogido. Realmente, aquel arma podía comprometerme y me sería imposible sacar por él una cantidad importante. Valía más tirarlo en alguna parte. Vi un pozo abandonado, y a él lo arrojé.

Mientras iba andando me puse a calcular lo que me había valido mi crimen: total trescientos diez francos. Después he reflexionado mucho sobre esto, y creo que el mayor freno que pueden tener los criminales, es pensar lo poco que suelen producir esta clase de asuntos.

Llegué a París a las seis y media. Entré a

almorzar en una taberna. Después fui a comprarme una camisa para sustituir a la que llevaba puesta y ensangrentada, y a la hora que había calculado, llegué a la calle donde estaba el hotel en que vivía.

Pero entonces se presentó a mis ojos un espectáculo inquietante.

Delante de mi casa había un grupo de gente que no bajaría de cincuenta o sesenta personas. Había también muchos guardias y un coche. No cabía duda; habían descubierto el crimen. Habían utilizado el telégrafo... En fin, yo estaba descubierto. La cosa era clara como el agua.

Instintivamente di un paso atrás dispuesto a volver gropas. Pero un individuo se opuso a mi paso.

—¿Es usted Pedro Broud?

No supe que contestar.

—Queda usted detenido.

Me llevaron a la puerta del hotel. Los agentes tuvieron que abrirme paso por entre la multitud enardecida.

El inspector que me había detenido se dirigió a un caballero que estaba en el cuarto de la patrona, y le dijo:

—Ya le tengo.

—Pues hágale usted subir.

Yo no había despegado los labios. Me hicieron subir al primer piso y me introdujeron en

una de las habitaciones. Tendido en el lecho había el cadáver de una joven.

No pude explicar lo que pasó entonces por mí. Aquel cadáver no era el de mi víctima. Aquel crimen no era el mío. Creo que supe disimular bien. Permaneci asombrado y tranquilo. Tal vez más tranquilo de lo conveniente. Y al fin pregunté:

—¿Por qué me detienen ustedes?

Y añadió:

—¿Quien es esta mujer?

Había allí un señor con sombrero de copa. Le enseñaron el paquete que me habían cogido al detenerme, en el cual estaba la camisa que acababa de comprar.

—Que le registren bien.

Me encontraron cerca de trescientos francos, y vieron las manchas de sangre que llevaba en la camisa.

Me llevaron al Depósito.

Durante la instrucción del sumario fui enterándome, detalle por detalle, del crimen de que se me acusaba. A las doce de aquella noche la patrona oyó ruido en la habitación de encima de la suya. Después quejidos lastimeros. Poco antes había oído salir a alguien de la casa. Subió el mozo y se encontró una mujer tendida en el suelo y horriblemente ensangrentada. Los cajones de la cómoda estaban abiertos; el colchón deshecho.

Acudieron todos los huéspedes. Alguien notó mi ausencia. Llamaron a mi puerta y como no obtuviesen contestación, la violentaron, encontrando el cuarto vacío.

Como la patrona aseguró que me había visto entrar, nadie dudó de que fuese yo el autor del crimen.

Yo negué obstinadamente mi participación en aquel crimen: pero el dinero que me habían encontrado y las manchas de sangre, eran pruebas concluyentes. Y cuando el juez me preguntó que dónde había pasado la noche del 21 al 22 de marzo, no pude contestarle, como es natural, que en el preciso momento en que mataban a mi vecina, yo asesinaba a otras dos mujeres a ocho leguas de París, entre Poissy y Orgeval.

Mi supuesto crimen apenas hizo ruido, mientras que el verdadero conmovió a la gente de modo extraordinario. Supe que la vieja era viuda de un escultor célebre, que la criada no había muerto y que había dado cuenta detalladísima de lo ocurrido, y que me había reconocido perfectamente como el vagabundo que les pidió limosna. Dió mis señas de un modo exacto, y me buscaron por todas partes, menos en la cárcel.

Llegó la vista. Yo estaba dispuesto a no decir la verdad más que en caso de salir condenado a muerte. Pero mis obstinadas negativas impresionaron al Jurado y fui condenado a trabajos forzados a perpetuidad.

Le escribo a usted desde Nueva Caledonia, donde estoy desde hace once años. He observado buena conducta y estoy en las oficinas. No me encuentro aquí mal: pero tengo deseos de volver a Francia. La ley me da ese derecho y quiero aprovecharlo.

Me explicaré. El último acto judicial concerniente al crimen de Ecueil lleva la fecha de 10 de agosto de 1886. Por lo tanto, ha prescrito la pena según la ley, y ahora quiero valerme de la coartada que no pude aprovechar entonces.

Puedo probar que fui el autor del crimen de las dos mujeres, y que, por lo tanto, la noche del 21 de marzo me hallaba a ocho leguas de París. La criada me reconocerá seguramente, pues he variado muy poco. Hoy día está de portera en Neuilly, ya le daré a usted su dirección. Seguramente estará aún en el fondo del pozo el puñal que robé hace doce años.

DESDE HACE 40 AÑOS la SAL DE FRUTA DE ENO (ENO'S FRUIT SALT)



Ha gozado de la mayor popularidad y ayudado á millones á recuperar la **SALUD**, el **BUEN SEMBLANTE** y el **BIE-NESTAR**.

Es el mejor remedio contra el **ESTREÑIMIENTO**, el exceso bilioso, la **INDIGESTION**, los dolores de cabeza, la **IMPUREZA DE LA SANGRE** y el estado febril del organismo.

Tiene un gusto agradable y una acción dulce. Sin régimen especial, sin pérdida de tiempo, nada más que un vaso de **SAL DE FRUTA ENO**. Si se toma cada mañana pronto notareis una gran mejoría en el estado general. La nutrición se vuelve agradable y provechosa, el sueño es interrumpido y reparador y se recupera el buen semblante. Le gusta á los niños y pueden tomarlo cada día con seguridad.

**GUARDEN SIEMPRE UN FRASCO
EN LA CASA O VIAJANDO**

Preparado únicamente por J. C. ENO, Ltd., LONDRES

Desconfíese de las imitaciones. Nuestra marca de fábrica está registrada
VÉNDESE EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

Puedo, por lo tanto, pedir la revisión de la causa que expio injustamente, probando mi inocencia y mi culpabilidad en el crimen que ha quedado impune.

Espero, señor abogado, que tendrá usted a bien encargarse de este asunto y contestarme a vuelta de correo.—Pedro Luis Broun.

Empleado en el Penitenciario de Nueva Caledonia*.

TRISTAN BERNARD.

Mozart improvisador

Hojeando una ilustración musical alemana, leo y extracto lo que cuenta el doctor Ebers, de Berlín, de una improvisación del autor del *Don Juan*, el admirabilísimo Mozart, casi en vísperas de la representación de aquella ópera en Praga. Era el otoño de 1787 (el *Don Giovanni* se dió en la mencionada ciudad el 29 de octubre). Mozart había cumplido 31 años. Sus días estaban contados. Moriría de allí a cuatro años. Habitaba en Praga el alojamiento del empresario llamado, pomposamente, los *Tres leones*, o una finca de los alrededores en la que vivían sus buenos amigos Duschek, excelentes músicos: el marido componía y daba lecciones: su mujer poseía un verdadero talento de cantatriz para la cual Mozart escribió alguna que otra composición.

Había entonces en Praga un convento de Premostratenses establecido en el monasterio de Strakof. Invitado Mozart presentóse un día en el monasterio acompañado de la señora Duschek. Recibiólo uno de los canónigos, el P. Norberto Lehman, segundo organista de la capilla, que nos dejó el relato de la memorable visita en una carta aparecida mucho tiempo después.

Mozart tan pronto como llegó al monasterio expresó deseos de oír el órgano. De orden del P. superior, el P. Lehmann pidió permiso y se sentó frente al teclado del instrumento. Terminada la pieza, que escuchó con atención Mozart, colocado a cierta distancia, junto con algunos religiosos, preguntó si había otros organistas entre los Padres, y como no los había quiso improvisar algo... y comenzó, entonces, el encantamiento.

No fueron ni el piano ni el violín los instrumentos de Mozart. El de su predilección fué siempre el órgano. Lo tocaba ya cumplidos apenas los seis años. En 1762, durante su primera «tournée» por Austria, su mecanismo en el órgano dejó embobados de admiración a los franciscanos de Ips. En las correspondencias de su padre y acompañante, léese: «Tres monjes que fueron nuestros compañeros de viaje dijeron misa en la capilla. Y ved aquí a nuestro chiquitín Wolfgang, arreglárselas como pudo para encaramarse sobre la banqueta del órgano y ponerse a tocar tan y tan bien que los

Desde hace más de un siglo Eau de Cologne Atkinson sigue siendo el perfume favorito de toda la Nobleza de Europa. Es porque en fineza y fragancia penetrante y sutil sobresale incomparable entre cualquier otra marca de Eau de Cologne que se encuentre en el mundo.

Exiga usted siempre la marca Atkinson, pues es garantía de calidad inmejorable.

Eau de Cologne
Atkinson.



“El perfume de moda de las Cortes de Europa.”

Desde la Edad de una Semana

hasta doce meses, este mocetón se alimentó solamente con Alimento Mellin — y van á leer cómo se desarrolló:

“Echó sus dientes sin molestia alguna”, escribe su madre, y estaba siempre satisfecho y contento. Iba aumentando de peso más de lo que acostumbran los niños, y su salud la atribuimos únicamente al Alimento Mellin y al aire libre.

El Alimento Mellin aseguró el desarrollo á este niño. El Alimento Mellin le bastó perfectamente y le dió dicha y salud. Una vez más “El Mellin” demostró ser el alimento que conviene al pequenín.

Mezclado en la leche fresca de vaca, el Alimento Mellin constituye un régimen abundante en elementos nutritivos de la leche fresca, un régimen que hasta los niños recién nacidos digieren con facilidad y provecho, y á los niños vigorosos les da todavía más vigor. Pruebe “Mellin” con su nene.

Alimento Mellin

El Alimento mas parecido al de la Naturaleza

Al recibir su nombre y dirección le mandaremos una muestra de Alimento Mellin y un libro útil é interesante para las madres.

H. W. ROBERTS & Co., 31, Esmeralda, Buenos Aires.



monjes del convento que se habían sentado con sus invitados en el refectorio para celebrar su refacción ordinaria, han corrido á la capilla admirados y olvidados de todo. El año siguiente (Mozart había cumplido siete años), Leopoldo Mozart escribe desde Waserbourg, pequeña ciudad, en donde nuestros viajeros habían sido retenidos forzosamente por un accidente del carruaje: «Para distraernos hemos subido á la tribuna del órgano de la iglesia, y le he explicado á Wolfgang el mecanismo de los pedales. Oída mi explicación quiso ensayarse en seguida; preludió un momento, y se puso á atacar los pedales con tal destreza y propiedad como un viejo organista».

Maestro del instrumento no lo era menos del estilo. En 1777, diez años antes de su visita al monasterio de Strakof, una noche, después de cenar, dejó maravillados á los frailes de otro convento, Santa Cruz de Augsburg. Una carta nos da cuenta de la sorprendente audición. «Entonces murmuraron á oídos del Deán que había que oírme en el estilo conveniente á la música del órgano. Contesté que me diesen un tema. El se excusó, pero me propuso uno un religioso. Mé puse á desarrollarlo, y al medio de la fuga (en sol menor) me acudió un motivo alegre en sol mayor, pero en el mismo compás; hice reaparecer el tema á la inversa, y hacia el final, me vino la ocurrencia de hacer reaparecer el tema alegre pero

fugado. El Deán, como alocado, prorrumpió a gritos: «Basta, basta ¡por Dios! ¡Inútil continuar! ¿Pero es creíble lo que acabo de oír? Sois un artista completo, excepcional...» Después de esto alguien trajo no sé que sonata fugada. «Esta sí que no la toca nadie de repente —dijo, poniendo la obra en el atril del órgano.— Voy a ensayarlo—dijo, y comencé. El Deán iba comentando mi ejecución, exclamando, apenas terminadas algunas frases: «¡Oh, el grandjilla! ¿isteis chiquitín más colosal que ese esquivo de hombre?». Toqué hasta que sonaron las once, arcabuceado y, por decirlo propiamente, sitiado por los temas de fuga».

Pero volvamos al relato, desflorado apenas, del bravo canónigo del monasterio de Strakof, que no fué menos interesante como audición improvisada, que los conciertos referidos anteriormente. Comenzó la improvisación por una serie de acordes de tan acertada y rica peroración, que hacían presumir enseguida la convicción de que no se trataba de un organista ordinario. Al cabo de dos o tres minutos de peroración, Mozart atacó un tema de fuga a cuatro partes, tema de un carácter tan encumbrado y de una técnica tan difícil que nadie, ni aun habiéndolo elegido y estudiado habría sido capaz, por lo menos en el órgano, de intentar su complicada ejecución. Pero el organista se llamaba, sencillamente, Mozart. Las dos manos, los diez dedos, comprendidos el cuarto y el quinto, más débiles, en general, tenían en nuestro artista la misma firmeza, el mismo poderío. El buen padre no podía ni sa-

bía dar crédito a lo que estaba oyendo. Tanto fué así, que a fin de fortificar y perpetuar su testimonio tuvo buen cuidado de anotar todos los lances de aquella improvisación. La carta conservada atestigua la transcripción que quiso perpetuar completamente, a pesar de que es incompleta. Digamos, no obstante, que advino durante la improvisación otro monje que se puso a interrogar a su compañero, distrayéndole y privándole por un momento de continuar el relato. «Apenas—escribe con impaciencia P. Lehmann—apenas le había contestado, que se puso a interrogarme de nuevo; «¿Hermano mío!—¿Qué? En el pedal sostiene el tono de si bemol.—Sí, a fe mía.—Va a modular a re sostenido.—Sí, sí.—No obstante, suena en si mayor.—¿Cómo puede sonar esto?—Pues, ¡vea usted!, suena bien.» Sucedió esto en el momento más interesante. Mozart se abandonaba enteramente a la... fantasía de Mozart.

De cada mano diríase que brotaban morderes y trinos. Las notas iban, venían, corrían, cruzábanse de octava en octava, como un torbellino que salía del teclado... Lo que sonaba el órgano no se escribió jamás, por complicado para ser tañido en este instrumento, y sin embargo, sonó en las manos de ese encantador prestigioso artista...

Así sabemos, por ese fragmento conservado de relato, lo que tañía Mozart y cómo tañía lo que improvisaba, aunque ese cómo tañía lo ignoraremos siempre. Las obras maestras de los grandes músicos que fueron, les sobreviven, forman nuestra nutrición espiritual; pero la

música viva que brotó de sus improvisaciones, esa se ha perdido, no la oiremos jamás. Oyéndola, viéndola nacer de la mente de un artista, como escapándose de sus manos, mente y manos de creador e intérprete, asistía uno a un doble milagro. Diríase que se abarcaba todo el misterio. Pero un elemento, un aspecto nos ha sido ocultado para siempre. El gran Leonardo, nos decía: *Cosa bella mortal passa, ma non d'arte*. Esto no es siempre verdad. Llamamos en vano inmortal al arte. Algo suyo, de su ser, de su belleza puede morir, y muere, por desgracia.

FELIPE PEDRELL.

El cantar de los cantares

Es un poema cristiano y sutil, un idilio de amor conyugal en el que dos esposos, apacentadores de rebaños en los huertos de Jerusalén, se manifiestan su ternura y se elogian mutua-

mente. El rey poeta lo escribió en verso hebreo, acaso en el rústico dialecto de Palestina, muy análogo al caldeo, para imprimirle mayor sencillez y mayor ingenuidad campesina.

San Gregorio Nacianceno le llama *Drama nupcial*; Bossuet lo califica de *Epitalamio*, y halla en él siete églogas, correspondientes a los siete días que las fiestas de bodas duraban entre los hebreos, t. les cuales nos las ofrecen los libros incomparables de Ruth y de Tobias.

No nos es posible apreciar toda la belleza de este canto de los cantos, al través de versiones a lenguas radicalmente distintas de la hebrea; pero la luz de sus estrofas llega a nosotros, como la luz de las estrellas cuya forma no conocemos, y que arden hundidas en su aire lejano, muy distinto del que nosotros respiramos.

El *Cantar de los Cantares* es un canto sagrado que tiene que oírse de rodillas. Creo firmemente que su lenguaje es el del paraíso antes de la culpa, antes de que el hombre se hubiera dado cuenta de que su propio cuerpo, la obra más perfecta del Creador, estaba desnudo. El aliento de sus estrofas es como el humo del incienso que necesita lugar sagrado para difundirse, y que, fuera de él, parece profanado, e irrita los ojos, y produce vértigos.

¿Quién se atrevería a pronunciar, en medio de un corrillo que habla de vidas disolutas, el nombre de su madre muerta al darlo a luz? El rayo de sol, dice Shakespeare, con ser un dios de purísima luz, engendra gusanos al penetrar en un perro muerto.

No hagáis penetrar el *Cantar de los Cantares* en orejas de carne, de carne muerta a la vida espiritual. Está en lengua del paraíso, y esa lengua no aprendida sólo es hablada y comprendida antes de la culpa, o después de la penitencia.

Jamás sus estrofas se desvían del sentido ordinario de las palabras; no hay en sus versos frases solapadas ni sonrisas que no sea ingenua como la risa de un niño; en él los cuerpos sólo sirven para hacer sensible la belleza eterna que se transparenta en ellos tomando su forma, como la luz toma la forma del vaso que la contiene, y que impide que se confunda con la luz infinita.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN

CHISTES

Se habla de un banquero millonario a quien le ha dado por la literatura:

—Ya no hace más que escribir. Tiene dos secretarios.

—Sí, ya lo sé; uno que dicta y otro que escribe.

El nuevo dependiente de la librería se adelantó a atender a una señora que acababa de entrar.

—¿Tiene usted novelas?—preguntó.

—Sí, señora—respondió él.—De todas clases.

—Entonces tendrá usted ¿Cien mil pesos de renta?

—¿Yo? ¡No, señora! ¡Ochenta pesos de sueldo y gracias!

—¿Por qué lloras, Luisita?

—Porque todos mis hermanos tienen vacaciones y yo no.

—¿Y cómo es que tú no las tienes?

—Porque ellos van al colegio y yo no.

Examen de Aritmética:

Un cochero corre a una velocidad de ocho kilómetros por hora; otro a la de seis llevando una de delantera, ¿dónde se encontrarán?

—En la taberna.



MORNY FRÈRES
AGUA DE COLOGNE
MORNY — LONDRES

El Agua de Cologne Morny es destilada exclusivamente de productos de flores naturales, por lo tanto su fragancia vivificadora nunca disminuye ni aún después de una exposición prolongada en una atmósfera corrompida.

El Agua de Cologne Morny es el agua de tocador ideal para el cuarto de un enfermo; sirve como agregado refrescante al agua de lavarse y se considera indispensable en los viajes; es uno de los pocos perfumes que un hombre puede permitirse usar.

Se expende en frascos altos y rectangulares de 125, 250, 500 y 1000 gramos.

MORNY

REPRESENTANTES EN BUENOS AIRES:

Sucesión Diego Gibson, Defensa 192

